

Compta 171/19
Universidad de Valladolid

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE
APERTURA DEL CURSO
ACADÉMICO 1932 A 1933

A. de Humboldt en América española

por

Amando Melón y Ruiz de Gordejuela
Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



TALLERES TIPOGRÁFICOS «CUESTA»
Macías Picavea, 38 y 40

*Discurso leído en la solemne apertura
del Curso Académico 1932 a 1933. ~*



Carpeta 171 / 19 Bice

1>0 0 0 0 4 6 5 6 1 2



A. de Humboldt

en América española. ~

Universidad de Valladolid

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE
APERTURA DEL CURSO
ACADÉMICO 1932 A 1933

A. de Humboldt en América española

por

Amando Melón y Ruiz de Gordejuela
Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



TALLERES TIPOGRÁFICOS «CUESTA»
Macías Picavea. 38 y 40

EXCELENTÍSIMO SEÑOR RECTOR:

AMABLES OYENTES:

En los años que llevo dedicado a la simpática y excelsa tarea de enseñar, siempre he considerado lo más importante excitar la curiosidad de mis alumnos, abrirles horizontes, señalar rutas y acuciarles, de alguna manera, a bucear honda y libremente en las materias o asuntos que expongo a su consideración. Impulsado por esta tendencia, de propósito, siembro en ellos un excepticismo sano, con la esperanza siempre de que ellos y sólo ellos engasten y unan con propia argamasa las partes descubiertas del edificio a construir.

En este momento y ocasión solemne, quizá arrastrado por el hábito de más de diez años, no he sabido inhibirme de aquella costumbre; impelido por ella, en lugar de daros una lección magistral quiero ser de los que me escuchan, y más de los que me lean en estas páginas, un *excitante*; algo, que engendre en vuestro ánimo una irresistible tendencia de simpatía hacia el asunto de este Discurso. Nacida esta inclinación ha de ser invencible vuestro deseo a curiosear un poco en la vida y hazañas científicas de Alejandro de Humboldt.

¿No será vana y atrevida mi pretensión?

¿Acaso el genio prusiano, alemán de origen y espiritualmente francés, no ha tenido cantores o biógrafos (es lo mismo) dignos de su grandeza?

¿La meritoria labor de Bruhn y sus socios, los más cuidadosos historiadores del sabio, ha conseguido sacudir la pasividad de los españoles hacia la actuación y vida de un hombre tan intensamente unidas a la Colonización de América, la empresa inmortal y popular de España?

Lo que es más: ¿Son muchos los lectores de la genial y admirable síntesis científica de el *Cosmos*, que por fortuna está traducido al castellano? Contestad mentalmente. Téngase en cuenta: que en su postrera obra quiso Humboldt explicar y resumir su vida entera; que no obstante su elevada envergadura científica puede ser comprendida, sin dificultad alguna, por todo curioso de cultura media; por último, que en ningún libro como en el *Cosmos* «que aspira a hacer conocer la acción simultánea y el vasto encadenamiento de las fuerzas que animan al Universo», volcó tan raudalosamente Humboldt los tesoros de su alma de poeta y artista. Un estilo tan animado como el descriptivo de Buffon es el bello instrumento de que se sirve el sabio para expresar al mundo de sus semejantes la variada gama de fuertes sensaciones que forman el *sentimiento de la Naturaleza*; común denominador de las bellas obras, sólo literarias, de Bernardino de Saint Pierre, Chateaubriand y otros.

A pesar de todo, movido por la quimérica esperanza hija de un optimismo tal vez un poco inconsciente; arrastrado por la centrípeta fuerza de cariñosa hipótesis y por la consideración de lo que enseña la experiencia, de que un *excitante* de cualidad despreciable genera corrientes de atracción más intensas hacia una persona, o sus enseñanzas, que otros de sublime calidad, me atrevo a suponer fuerza suficiente en mis palabras para despertar, en alguno de este amable auditorio, el interés hacia Humboldt y su

obra de coloso. Para conseguirlo más fácilmente, buscando una mayor probabilidad de éxito, he de limitar este estudio a la empresa del sabio que más puede y debe complacer al público español: Su *viaje por la América hispana*. Pensando en la limitación que el espacio y el tiempo me imponen, dentro del tema expuesto concretaré todavía más: el asunto que ha de merecer mi especial atención será: *el viaje de Humboldt y Bonpland por la costa de Venezuela y cuenca del Orinoco en los años 1799 y 1800*, sin olvidar tampoco su permanencia en nuestra península.

Mi deseo no va más allá que de brindaros unas cuantas notas referentes al curso del viaje citado últimamente. Su Relación *in extenso* —(Humboldt: *Relation historique du Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1801, 1802, 1803 et 1804*, por A. Humboldt et A. Bonpland. Paris, 1814-25)— sobre ser un rarísimo libro y no fácil de adquirir, por su elevado precio, resulta detallada en demasía para público no limitado. Humboldt mismo tuvo el propósito de extraer el texto de la citada Relación con el fin de hacerla accesible a toda clase de inteligencias. Por fortuna, el archivero y profesor doctor Hauff interpreta fielmente los deseos de Humboldt y ofrece al pueblo alemán un relato del viaje —(Alexander Humboldt, *Reise in die Aequinoktial-Gegenden des neuen Kontinents*. Stuttgart)— ameno, pintoresco y científico; con la particularidad, que el principal actor del mismo, «en la medida que me lo permite mi avanzada edad y decaídas fuerzas» lo revisa, enriquece y pone al día con adiciones y correcciones. Esta autorizada edición de Hauff es la que he leído y pongo a disposición del curioso lector.

Lejos de este libro la monotonía y sequedad frecuentes en los Diarios de Viajes. Es un conjunto de perspicaces observaciones de toda clase, analizadas científicamente,

unidas en maravillosa armonía y comparadas con las de anteriores exploradores; es un reflejo fiel de la situación político-social de los territorios recorridos; es la historia de la actuación económico-moral de las misiones del Orinoco; es valiosa cadena de problemas científicos planteados o resueltos con mirada de águila; es, por último, el relato, pleno de dramatismo en algunas ocasiones, de las peripecias de unos viajeros que abandonan su vida burguesa no con la esperanza de encontrar metales o piedras preciosas sino de servir a la Ciencia en sus más variadas manifestaciones.

Por si esto no fuera suficiente acicate hay otra cosa que campea en todas sus páginas, que debe hacerlas seductoras y simpáticas a todo buen español: se desprende de todo el libro un perfumado aroma de benevolencia, reconfortante y rejuvenecedor, hacia nuestra nación, sus hombres, y la ciclópea obra realizada por España en el americano Continente.

No olvidó nunca Humboldt los favores recibidos en España y de los españoles; como *muy humano* no anduvo remiso en expresar sus afectos. He aquí algunos trozos de cartas bien expresivos: desde Méjico (22 de abril de 1803) escribe a Cavanilles...: «pero en tanto ruego a V. encarecidamente publique nuestra gratitud a los innumerables favores que hemos recibido a los españoles en todos los puntos de América que hemos visitado, porque faltaríamos a nuestra obligación si no diéramos los mayores elogios de la generosidad de su nación y del gobierno, que no ha cesado de honrarnos y protegernos»... —(Publicado en los *Anales de la Sociedad Española de Ciencias Naturales*. Tomo VI)—; en otra, fechada en Caracas el 4 de noviembre de 1799, dice a Lalande: ...«Los oficiales españoles han favorecido de tal modo mis deseos que en pleno océano

he podido preparar gases y analizar la atmósfera como en tierra firme. Las mismas facilidades he encontrado sobre el Continente». —(*Correspondence Scientifique et littéraire d'Humboldt*. Roguette. París, 1863)—. A don José Clavijo, escribe así: «Espero abrazaros pronto, pues estoy tan españolizado que quiero absolutamente ver España todavía una vez»... —(*Anales*. Tomo I. Cuaderno 2)—. A Delambre desde Lima (25 de noviembre de 1802): ...«Ni un solo día en tres años, he tenido que quejarme de los agentes del Gobierno español, que me han tratado siempre en todas partes con una delicadeza y distinción que me obligan a un reconocimiento perpetuo»... —(Bruhn: *Alexander von Humboldt*. Leipzig, 1872)—.

El afecto de Humboldt hacia los españoles se manifiesta muchas veces de modo real y ostensible; varios fueron deudores de su amabilidad, y ninguno más que el poeta y novelista romántico Enrique Gil Carrasco. En febrero de 1844 fué comisionado con carácter extraordinario, y categoría de Secretario de Legación, para reconocer los Estados del Antiguo Cuerpo Germánico. Carrasco llevaba a Berlín dos misiones, una informativa y ostensible, otra, reservada: allanar obstáculos entre el Gobierno prusiano y el español a fin de preparar tratados políticos y mercantiles. Para cumplir este doble cometido necesitaba procurarse relaciones en las altas esferas del Gobierno y de la Corte. Entre sus amistades descuella la de A. de Humboldt para quien llevaba cartas de Bresón, embajador de España en París. Humboldt presenta a Gil Carrasco al barón de Bulow, ministro de Negocios Extranjeros; al príncipe Carlos y su esposa la princesa María. Además, hizo conocer a Federico Guillermo IV *El señor de Bem-bibre*, la mejor obra de Gil Carrasco, que el rey de Prusia leyó con todo entusiasmo y le dedica muy expresivas

alabanzas, llegadas a su autor por conducto de Humboldt. La amistad entre el sabio y el poeta fué muy íntima; por eso, aquél lloró amargamente la muerte de éste (Berlín, 22 de febrero de 1846) y con todo cariño prepara los funerales de su pobre amigo. El Gobierno español recompensa los servicios de Humboldt con la Gran Cruz de Carlos III, y Gil Carrasco, casi moribundo, hizo entrega al sabio del diploma e insignias de la Orden. —(José R. Lomba y Pedraja: *Enrique Gil y Carrasco: Su vida y su obra literaria*. «Revista de Filología Española». Tomo II).

I

Babinet, con ocasión de comentar el tercer volumen del *Cosmos* —(*Voyage dans le Ciel*. «Revue des Deux Mondes». Noviembre 1853)— aplica a Humboldt el calificativo que mejor le retrata; dice de él: *es el viajero sabio por excelencia*; en efecto, nadie ha viajado más *intensamente* y sacado mayor partido de lo visto, observado y estudiado en sus viajes.

Puede decirse que el destino y obsesión de Humboldt fué viajar. Una insaciable curiosidad le arrastraba a ello; una inconcebible, por lo profunda y extensa, preparación científica le ponía en condiciones de aprovechar sus viajes. Se proponía una doble finalidad: servir a la Ciencia y recrear su espíritu; a uno y otro objetivo no regatea el triple sacrificio, que tanto ata a los vulgares hombres, de comodidad, salud y dinero. Por suerte, la Providencia fué pródiga con él; su anormal actividad y movimiento continuo lejos de resentir su endeble naturaleza física, la fortificó; no tanto, sin embargo, como su inteligencia y sabiduría. En su larga vida de 80 años se repiten con frecuencia crisis nerviosas, sintomáticas de cierta desarmonía y falta de equilibrio en el ajuste entre su cuerpo de hierro y alma de diamante.

Oyendo a su vocación y excitado por el afán de moverse sin trabas de ninguna clase, deja el servicio del Estado prusiano; su fina sensibilidad, delicadeza y patriotismo no le permiten aceptar la halagüeña proposición del

ministro Heinitz, que tanto por admiración al joven, ya ilustre, como por premio al inusitado celo que despliega en su actividad como funcionario, le invita con tenacidad teutona a seguir en su puesto, con libertad amplia de movimientos y constante autorización para largas ausencias. ¿Pero es que podía tolerar Humboldt recibir un sueldo en pago a una función que no desempeñaba, y de un Estado no muy abundante en recursos como era la Prusia de Federico Guillermo II? Su sentir democrático y elevado patriotismo le obligan a despreciar ciertas liberalidades y a persistir en su resolución.

Rotas las áureas amarras que le encadenaban al Estado prusiano y otras afectivas más atrayentes, por la muerte de su madre, ya podía mimar su imaginación con la perspectiva de expediciones a remotas tierras. El fuego que de consuno mantenía viva esta pasión era: el deseo de herborizar, los estudios de Geología, y el contacto espiritual con Jorge Forster en un viaje por Holanda, Inglaterra y Francia en el año 1790. Apenas tres meses dura la expedición, conocida por una obra de Forster —(*Ansichten vom Niederrhein, Brabant, Flandern, Holland, England und Frankreich*. Berlín, 1790-91)— y varias cartas del entonces escolar Humboldt, pero... ¡Qué venturosa fué en resultados y decisiva en la voluntad de éste! «El ingenioso Jorge Forster que ha contribuído de una manera tan eficaz a alimentar en mí el gusto por las expediciones lejanas». —(*Cosmos*. Edición española. Tomo I. Pág. 306).

Verdad es, que la caprichosa suerte no pareció muy dispuesta a convertir en realidades los sueños de Humboldt.

En noviembre del año 1797, después de iniciado el estudio con Leopoldo Buch de los Alpes de Salzburgo y Stiria, decide Humboldt penetrar en Italia con el primordial fin de contemplar de cerca los volcanes Vesubio, Strómboli

y Etna; noticias de la Península bien expresivas de su estado de intranquilidad y desasosiego, precursor de próximas y nuevas guerras, le hicieron desistir de la anhelada visita. Aunque Italia no le era del todo desconocida (1795), sin embargo, mucho siente abandonar Europa sin observar las formaciones volcánicas de su parte meridional.

Poco tiempo después de la fracasada intentona, lord Bristol, curioso conocedor de la antigüedad clásica y que en demanda de sus restos había recorrido las costas de Iliria y Grecia, propone a Humboldt su compañía para un viaje al Alto Egipto. Duraría ocho meses; los expedicionarios remontarían el Nilo hasta Assuán, para estudiar la Tebaida comprendida entre Tentyris y la primera Catarata. Aunque a Humboldt, al pensar en viaje extraeuropeo, le obsesionaba la idea de enfrentarse con la exuberante y variada flora tropical, acepta la invitación que le ponía en condiciones de contemplar el escenario de antiguas y renombradas culturas. Se armó contra las posibles excen-tricidades de Bristol; entre otras cosas, puso por condición que la vuelta se haría por Siria y Palestina. Otra vez los rumores de próximos hechos de armas salen al paso de los deseos de Humboldt; se hablaba con insistencia de una inmediata expedición napoleónica a Egipto; en efecto, su realidad fué confirmada a las pocas semanas, antes de llegar Humboldt a París.

Ni el encanto de la capital francesa, ni la feliz circunstancia de estar allí la familia de su hermano Guillermo, ni la hospitalidad de Lalande y Bauquelin que ponen a su disposición el Observatorio astronómico y Laboratorio químico respectivamente, quebrantan la voluntad de Humboldt de aprovechar la primer coyuntura favorable a su ardiente deseo. Por aquel entonces, Francia acuerda una

exploración por el mar del Sur (Pacífico) dirigida por el capitán Baudin; grande y atrevido era el primitivo plan de este viaje, se proponía: visitar las colonias españolas de la América del Sur desde la desembocadura del Plata hasta el istmo de Panamá; cruzar el Pacífico; recorrer las costas de Nueva Holanda (Australia) desde la Tierra van Diemen hasta la de Nuyt; hacer escala en Madagascar y regresar por la ruta del cabo de Buena Esperanza. ¡Qué bien armonizaba esta vuelta al Mundo con las ansias de Humboldt!... Obtuvo permiso para ir con sus instrumentos en una de las corbetas y para separarse de Baudin y demás cuando lo estimara conveniente. Formaban también en este viaje Michaux y Bonpland, en calidad de naturalistas. Tuvo que aplazarse por causa de la Segunda Coalición contra Francia; el dinero presupuestado para él podía ser necesario para la guerra.

No abatió mucho tiempo este tercer fracaso el ánimo de Humboldt. De casualidad hace relación con un cónsul sueco, Skiöldebrand, que de paso para Marsella se detuvo en París. Skiöldebrand era portador de unos presentes de la corte de Suecia para el Rey de Argel, y tenía buenas relaciones en el norte de África; acepta la compañía de Humboldt y Bonpland. Contaba aquél con estudiar y recorrer la región del Atlas cuyas cimas ningún europeo había alcanzado; además, con la caravana anual de peregrinos que iba a Meca podían llegar a Egipto, e incorporarse a los ilustres maestros del *Instituto de Egipto*, creado unos meses antes. El 27 de octubre de 1798 estaban ya Humboldt y Bonpland en Marsella, en espera de la fragata sueca que debía llevar a ellos y a Skiöldebrand a Argel; según cálculo de éste entraría en aguas de Marsella en los últimos días del mes citado. Pasaron dos, con la natural impaciencia, hasta que la Prensa les dió noticia de ella: en

aguas portuguesas tanto la había destrozado una fuerte tormenta que debió anclar, maltrecha, en Cádiz. Luego, por noticias particulares, se enteraron que la «Jaramas» necesitaba tal reparación que hasta la primavera siguiente no se haría visible en el puerto de Provenza.

En vista de ésto, con el capitán de una pequeña embarcación de Ragusa, que se disponía a izar velas para Túnez, concuerda el precio de la travesía. Por fortuna, algunos detalles de instalación, para la mayor comodidad de los viajeros y buen seguro de los instrumentos que Humboldt llevaba consigo, retrasan unos días la salida; durante ellos llegan noticias alarmantes: la Regencia de Túnez había roto sus buenas relaciones con Francia; se perseguía a los franceses establecidos en Berbería y se hacían prisioneros a todos los que llegaban de un puerto francés. Humboldt y Bonpland, con estas nuevas tan desagradables, deciden invernar en España, con la esperanza de embarcar en Cádiz o Cartagena, para Oriente, en la próxima primavera y con otras circunstancias políticas.

En el intervalo de unos cuantos meses cinco veces fracasaron los planes y propósitos de Humboldt. No hay duda que el temperamento pacifista del sabio viajero debió reforzarse al tocar de cerca las consecuencias de la guerra. Si se hizo eco de la opinión corriente, no será temerario suponer en su alma un sentimiento de antipatía hacia Napoleón, que con sus ambiciones y delirio de grandezas crea aquel estado de intranquilidad política que tan *reales* consecuencias tuvo para el sabio viajero. Se me ocurre un hecho que algo significa en favor de esta hipótesis: no acepta la reiterada invitación de agregarse al grupo selecto de sabios que acompañó al Corso en su expedición a Egipto. ¿No es raro ésto en un hombre, no muy sobrado de medios económicos, que con tanta insistencia

se había avenido a representar el papel de *segundón* en los arriba citados viajes?—Si le interesaba salir de Europa, y Egipto no le era indiferente ¿cómo se resiste a ir con aquel plantel de hombres cultos y especialistas, dispuestos a descifrar los enigmas de la Tierra de los Faraones? A mi juicio sólo esta suposición puede armonizar este *querer y no querer*: a Humboldt le repugnaba que su nombre fuera unido al de la Campaña napoleónica en Egipto, aunque en ella marcharan al unísono el volátil ruido de las armas y humo de pólvora, con la callada y duradera labor de los sabios. En cambio, una vez creado el *Instituto de Egipto* le complace la idea de cooperar en los trabajos de sus ilustres miembros, cosa muy distinta que figurar su filiación en la lista de los acompañantes del general Bonaparte. Uno de los biógrafos de A. de Humboldt califica de *grotesca campaña* la expedición citada.—(S. Günther: *A. v. Humboldt. L. v. Buch.*—Berlín, 1900).

II

De casualidad vino Humboldt a España, con el ánimo cargado de desilusiones y con la sola esperanza ya indicada. ¡Casualidad feliz para él y para nuestro país! El favor que las Autoridades y hombres de Gobierno españoles conceden a Humboldt fué decisivo para su viaje a América; esta empresa, incubada en España, es la más atrevida y transcendental en la vida y actuación científica del sabio. Por si esto fuera poco, las alabanzas que hace, en repetidas cartas, de los españoles y bellezas de España determinan a su hermano Guillermo a visitar nuestra península; este viaje de Guillermo de Humboldt engendra sus aficiones filológicas, y es causa de su libro de más valor y fama.—(*Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne à l'aide de la langue basques.*—Traducido del alemán por M. Marrast. París, 1866).

España, pues, puede envanecerse de haber contribuido a la gloria de aquellos dos ilustres hermanos, que tan marcada huella dejan en la Historia de la Ciencia.

Humboldt y Bonpland confiados en el acaso, hay que reconocer que en esta ocasión les sirve a maravilla, atraviesan la frontera franco-hispana y pisan sin emoción ninguna suelo español. Barcelona, Montserrat, Sagunto y Valencia, son sus escalas principales en la región levantina, que recorren palmo a palmo. El viajero norteño se extasia ante la exuberancia y feracidad del Levante

español, ante el perfumado y denso cinturón vegetal que rodea a Valencia.

Para comprender la intensa emoción que le hace sentir a Humboldt el espléndido mundo vegetal que se abría a sus ojos, son más expresivas que la páginas de la *Relación* algunas cartas particulares publicadas en la obra de K. Bruhn y socios. «En ninguna parte de Europa se muestra la Horticultura y Agricultura más avanzada como entre la comprendida entre Castellón de la Plana y Valencia». Por halagüeñas que sean las palabras de Humboldt al hablar de nuestra zona levantina, no muy distantes de las escritas por C. A. Fischer, que un año antes recorre la Península, —(*Reise von Amsterdam über Madrid und Cadix nach Genua in den Jahren 1797 und 1798. Nebst einem Anhang über das Reisen in Spanien*. Berlín, 1799. La parte relativa a España, traducida al francés por Ch. Fr. Cranes. París, 1801)—, nada significan ante el valor científico de sus observaciones sobre la morfología de la península ibérica.

Tampoco en esto es pródiga la *Relación*, que remite al lector a lo publicado en el tomo cuarto de la revista «Hertha» —(Humboldt: *Über die Gestalt und das Klima des Hochlandes der Iberischen Halbinsel*)—, que además de las numerosas observaciones sobre la estructura y climatología de España, contiene el Diario detallado de las jornadas de Humboldt y Bonpland por nuestra nación.

A nuestro fin, basta consignar lo que sigue: Humboldt descubre la *Meseta* como elemento más antiguo y fundamental de nuestra Península; y acierta a comprender la importancia de la hipsometría en la variedad climatológica de España. En el terreno de las hipótesis orogénicas afirma: los pronunciados taludes que separan, como gigantes murallas, la región levantina de las altas llanuras

de Castilla y La Mancha, son las orientales líneas costeras de un remoto pasado geológico de España. Por el estrecho de Gibraltar, una vez abierto, se precipitan veloces las aguas del mediterráneo romano, y al descender el nivel de este mar quedan al descubierto las feraces llanuras de Tarragona, Valencia y Murcia. Lo esencial en la concepción de Humboldt es considerar la *Meseta* como elemento enhiesto, esencialmente indiferente, y testigo de las conmociones geológicas de la zona de fractura del Mediterráneo. Un paso más en la Ciencia geográfico-española y nos encontramos con las enseñanzas de Th. Fischer —(*Versuch einer wissenschaftlichen Orographie der Iberischen Halbinsel*.—Pett. Mitt. 1894)—, y más posteriormente con las de Dantín y Cereceda —(*Resumen Fisiográfico de la Península Ibérica*. Madrid, 1912)— que tan en claro han puesto la Fisiografía de nuestra península.

A la sazón era embajador de Sajonia en la corte española el barón Forell, unido, antes de ahora, por comunes aficiones científicas a Humboldt. Al decir de éste fué quien le sugirió en Madrid la idea de un viaje a la América hispana. El barón Forell rivaliza con el secretario de la Legación prusiana, Tribolet-Hardy, en preparar el camino al sabio viajero para la empresa que, una vez decidida, le deslumbraba; al interés de ambos se debe la buena acogida que le dispensa el primer ministro don Mariano Luis de Urquijo.

En marzo de 1799, en el Palacio de Aranjuez, presenta Humboldt al rey Carlos IV, un memorial con su pretensión y el plan, o programa esquematizado, de la empresa que se proponía. Captada benévolamente la idea por el monarca, empieza Urquijo a desplegar el mayor celo al servicio de Humboldt. A su favor redactan sendos pases el Primer Secretario de Estado y el Consejo de Indias, recomendando

a Humboldt a la hospitalidad de todas las Autoridades hispano-americanas, y ordenando prestaran toda clase de facilidades a su labor científica. Una y otra cosa se hicieron con toda fidelidad, sin que repercutiera en la suerte de los viajeros la caída de Urquijo de su elevado puesto. «Durante los cinco años que viajamos por el Continente no encontramos el menor asomo de recelo o desconfianza».

Las dificultades de orden económico fueron solventadas gracias a la munificencia del marqués D'Iranda.

De buena gana Humboldt hubiera prolongado su estancia en España, donde tan buenos e inteligentes amigos encuentra: Cavanilles, el primero que dió a conocer, en los Anales de Historia Natural (Madrid 1799 a 1803) los resultados de las nivelaciones barométricas y observaciones higrométricas sobre España, de Humboldt; Clavijos, director del Gabinete de Historia Natural; Née, uno de los botánicos de la expedición de Malaspina; Casimiro Ortega, boticario del rey; Ruiz y Pavon, estudioso de la flora del Perú; abate Pourret; el químico Proust; el mineralogista Hergen y otros. Todos rivalizan en servir a Humboldt, en saciar su ansia de saber, poniendo a su disposición las riquísimas colecciones de que disponían. Tantas facilidades encuentra el sabio viajero en el mundo cortesano como en el científico. «Después de sufrir tantas contrariedades en un año, apenas podía creer, que al fin, iba a realizarse plenamente mi más anhelado deseo».

Humboldt y Bonpland dejan Madrid a mediados de mayo; se dirigen a Coruña, en cuyo puerto habían de embarcar con rumbo a Cuba. De Coruña salían entonces un correo marítimo, cada mes, para Habana, y otro, cada dos meses, para el estuario del Plata. Al frente de este servicio se encontraba el brigadier don Rafael Clavijo,

a quien iban recomendados especialmente los viajeros por el primer ministro. Por consejo de aquél, acuerdan embarcar en «Pizarro», fragata ligera, que iba a Cuba y Méjico; su capitán llevaba orden terminante de Clavijo de atender lo más posible a los ilustres viajeros, y de permitirles la instalación de los aparatos necesarios para estudiar la composición química del aire.

El arsenal de aparatos e instrumentos que llevaba Humboldt, no era proporcionado a la riqueza y variedad de observaciones que habrían de hacerse en un tan largo viaje. Parte del stock quedó en Marsella, cuando pensaba seguir otra ruta, y consideraba fácil la incorporación a su equipaje, cuando cambiadas las circunstancias políticas pudiera arribar a Argel o Túnez. Terminada la expedición por el Orinoco, solicita Humboldt el envío de aquellos aparatos e instrumentos a la Habana; demanda que no tuvo cumplimiento.

Durante su estancia en España se perfecciona Humboldt en la práctica de mediciones barométricas, trabajando en Madrid bajo la dirección del joven astrónomo Chaix. No se olvida de rendir culto al mejor monumento de la literatura hispana, mediante una romántica expedición al Toboso.

En una de las cartas que escribe, poco antes de abandonar nuestra patria, expresa claramente el fin último de sus viajes: «descubrir la armonía entre el medio geográfico y las diversas manifestaciones del mundo animado»; el enriquecer el tesoro de los naturalistas y la constante observación de hechos y fenómenos, era cosa secundaria, o a lo más, medio conducente a la alta finalidad indicada.

III

En la tarde del día 4 de junio de 1799, con viento NO., sintomático de bonanza en las costas gallegas, iza anclas el «Pizarro». Llevaba la consigna su capitán de detenerse en la isla de Tenerife, el tiempo necesario para la ascensión de Humboldt al Pico de Teide. Con este fin, previas noticias adquiridas en Lanzarote de que la rada de Santa Cruz estaba libre de barcos ingleses, arriban en la mañana del 19 de junio en el indicado puerto. La ciudad de Añaza o Santa Cruz de Tenerife tenía entonces 8000 habitantes, sin que llamara la atención de Humboldt «la excesiva abundancia de eclesiásticos, cualidad destacada por otros viajeros como característica de todas las ciudades sometidas al cetro hispano». La eficacia de las recomendaciones que traían de la Península las notan de modo inmediato: Don Andrés Perlasca, general gobernador del Archipiélago, les concede inmediatamente el permiso para visitar la isla; el Mayor Armiaga abre su casa a los viajeros. El agobiante calor de la ciudad, y el temor de quedar prisioneros en la isla, por el bloqueo de los barcos ingleses, si demoraban más de cuatro o cinco días la estancia en ella, les obliga a emprender al siguiente el camino hacia La Laguna, cuya altura sobre el puerto de Santa Cruz calcula Humboldt en 682 metros. San Cristóbal de la Laguna era a la sazón capitalidad de la isla y contaba con 9000 habitantes. La animación y lo pintoresco de sus alrededores, salpicados

con multitud de capillas o *ermitas*, contrastaba con la triste y silenciosa ciudad, de altas y viejas casas y calles silenciosas.

La ruta de La Laguna a Orotava, ofrece ocasión a los viajeros de contemplar los más bellos panoramas que adornan a Tenerife, en la hoy llamada Banda del Norte. La belleza, exuberancia y variedad de formas vegetales del valle de Tacoronte le parece sin igual a Humboldt, y eso, que cuando escribe sus emotivas impresiones del viaje a Canarias, conocía las riberas del Orinoco, las cordilleras de Perú y los pintorescos valles mejicanos. La zona costera de Tegueste-Tacoronte a San Juan de la Rambla, cultivada con el esmero de un jardín, la compara a los alrededores de Valencia, superando a éstos en belleza por su maravilloso fondo: el Teide.

Análoga impresión que La Laguna produce en Humboldt la villa de Orotava, aun reconociendo estar situada en uno de los sitios más agradables del mundo. No puede por menos de asociar su nombre al de la familia Cologan. Bernardo Cologan recibe a Humboldt y Bonpland con las mismas muestras de cordialidad y alegría que usaba con todo extranjero; mucho lamentan no quedar en su casa algunos días, y no recorren en su compañía los más bellos lugares de la región: San Juan de la Rambla y Ríoalejo de Abajo.

No había tiempo que perder. En la mañana del día 21 comienzan la ascensión al Teide. Les acompañaban en el difícil camino: el vicecónsul francés Legros, prisionero casual de las bellezas del Archipiélago, guía de la expedición ya que repetidas veces había escalado el volcán; el secretario del Consulado francés en Santa Cruz y el jardinero, inglés, del Parque de Durasno. De paso, tiene Humboldt ocasión de observar y medir el gigantesco y

longevo dragonero de el jardín de Mr. Franqui. Principalmente por la segunda cualidad fué objeto de una monografía en los *Cuadros de la Naturaleza*. Dice de él Humboldt: «Preténdese que en el siglo xi, y muy poco tiempo después de las conquistas normanda y española, se celebraba misa en un altarito levantado en el hueco del tronco. Por desgracia, la tempestad del 21 de julio de 1819, despojó al dragonero de Orotava de parte de su corona».

Las horas más largas en la subida al Teide, fueron las de la noche pasada en el lugar llamado Estancia de los ingleses; a pesar de la estación, y tener sobre ellos el hermoso cielo africano, sienten mucho frío; no tenían ni suficiente ropa para defenderse de él, ni un mal refugio, ni tiendas de campaña; alrededor de una fogata pasan la velada. Muy de madrugada reanudan la caminata; mientras ascendieron por el malpaís, o zona de quebrados terraplenes cubiertos de lava, a menudo tienen que auxiliarse los viajeros; después de una marcha de tres horas, alcanzan una pequeña llanura, llamada la Rambleta, donde concluye el malpaís. Para alcanzar el fin apetecido todavía les queda trepar por la parte más escarpada de la montaña; muy peligrosa, por cierto, cuando la cubren las nieves. De esto, podía ser buen festigo Baudin, ya que a punto estuvo de perder la vida, hacia fines de diciembre del 97, en su intrépida hazaña de alcanzar la cima del volcán con los naturalistas Advenier, Mauger y Riedlé.

Observa Humboldt que el cráter del Teide no se parece en nada a otros que había visitado; el cono volcánico no llega hasta los mismos bordes de la caldera; como en el Cotopaxi, de la cima surge un muro de paredes casi verticales que, a modo de brocal o cinturón, rodea el cráter; una brecha natural de la gigantesca pared, permite a los viajeros llegar al borde del mismo. Las medidas

calculadas por Humboldt, 97×65 metros, difieren algo de los resultados obtenidos por anteriores viajeros: Verguin, Varela y Borda.

La dificultad del descenso por el malpaís fué agravada por la falta de agua, descuido de los portadores; los mismos, que ponen demasiado celo en beber la provisión de malvasía, debida a la munificencia de Cologan. Al atardecer del día 22 entran de nuevo en Orotava; el siguiente lo pasan en la amable compañía de la familia Cologan; el 24, después de comer en La Laguna, invitados por el cónsul francés, emprenden la bajada a Santa Cruz; bastante antes de llegar divisan el «Pizarro» con las velas medio levantadas y dispuesto a la marcha; urgía ganar minutos ante el inminente riesgo de los enemigos barcos ingleses; cuando llegaron a bordo Humboldt y Bonpland, todo estaba preparado para partir, y todos los pasajeros, la mayor parte canarios, ya estaban acondicionados en la pequeña embarcación.

Recuerdo imborrable produce en el ánimo de Humboldt la breve visita a las «Islas Afortunadas»; no deja lugar a dudas la entusiasta carta que escribe a su hermano desde el puerto de La Orotava. Por otra parte, le basta la visita al Teide para rectificar una afirmación científica que años antes había sostenido. En dos Memorias del mismo título —(*Mineralogisches Beobachtungen über einige Basalte vom Rhein-Braunschweig*. 1790)— había terciado en la activísima pugna entre *neptunistas* y *vulcanistas*, engrosando el partido de los primeros al estudiar la génesis de los basaltos del Rhin. Después de contemplar de cerca un gran y activo volcán, y las formaciones de lava basáltica, comprende al instante lo equivocado de su primera hipótesis.

Las páginas que Humboldt dedica al archipiélago

canario son de inmortal valor; al de sus jornadas de viaje por estas provincias españolas, hay que añadir el de un postrero capítulo pletórico de interesantes noticias geográfico-históricas referentes a todo el Archipiélago, con detallada relación de las erupciones volcánicas ocurridas en las islas de La Palma, Tenerife y Lanzarote. De la tinerfeña del monte Chahorra o Venge, en el año 1798, tuvo detallada noticia por varios testigos presenciales, y por la descripción que le envía Cologan para intercalarla en el Diario de viaje; pero, a la publicación de éste se adelanta Bory St. Vicent, a cuya interesante obra: *Essai sur les îles fortunées*, remite al lector.

* * *

Al cultivado espíritu de Humboldt nada le era indiferente; cualquier escenario lo convertía en lugar adecuado para observaciones, experiencias y estudio. Durante la travesía atlántica no interrumpe la labor científica, obsesionada, en aquellos instantes, con resolver algunos problemas de la entonces naciente Oceanografía.

La última parte del viaje marítimo fué turbada por la aparición de una verdadera epidemia de fiebres; se hizo dramáticamente alarmante en la proximidad a las islas y Tierra Firme de América del Sur. Un triste episodio: la muerte de uno de los pasajeros, joven asturiano de 19 años, decide a todos desembarcar en el primer puerto que se presentara a la vista, y allí, esperar el paso de otro correo que les llevara a Cuba o Méjico. La triste causa de la epidemia declarada a bordo del «Pizarro», fué la determinante de la exploración del Orinoco y Casiquiare por Humboldt y Bonpland; una vez que tenían que hacer tierra en Cumana o La Guayra, no supieron resistir a la tentación

de explorar la poco conocida zona situada tierra adentro de aquellos puertos. En la noche del 14 a 15 de julio deciden pasar un año en Tierra Firme; esta feliz resolución fué más festejada cuando en la siguiente, escuchan del indio Carlos Pino unas pintorescas e interesantes noticias. Corriente de mutua simpatía se establece bien pronto entre el indio y Humboldt; tanto, que aquél se incorpora a la empresa de los ilustres viajeros, durante el año y medio que dura. El encuentro con el «Pizarro» tuvo lugar en los bajos de la isla de Coche; patronaba una canoa, cuyos tripulantes, con los de otra, por sana precaución, fueron trasladados al barco español.

IV

Amanecía el 16 de julio cuando arriba el «Pizarro» al puerto de Cumana. Era en aquellos días capital de Nueva Andalucía, y la poblaban, incluidos los arrabales de Serritos, San Francisco y Guaykari, unos 18.000 a 20.000 habitantes.

Cuatro meses dura la primera estancia de Humboldt y Bonpland en Cumana. Repetidas muestras de afecto y consideración recibieron de los españoles, a las que se unen las gentilezas del gobernador de la provincia, don Vicente Emparan, quien desde el primer momento acoge a los viajeros «con la afectuosidad y noble sencillez virtudes inseparables del carácter vasco». Todo fueron facilidades; a la buena acogida que reciben en Nueva Andalucía se debe, al decir de Humboldt, el afecto cariñoso, que él y su compañero, encuentran en todos los países de América del Sur.

En Cumana, como en otras ciudades de América española, despierta enorme curiosidad la presencia de los sabios exploradores; más, cuando les ven manejar familiarmente aparatos que apenas de oídas conocían. Eran cultivadores de la «Nueva Filosofía», extraño nombre que en nuestras colonias se daba a la Astronomía y Física. No representaba poca pérdida de tiempo para Humboldt, el atender a solícitos y curiosos visitantes; entre los que presumían de cultos, más inoportunos que los boquiabiertos,

producía gran extrañeza «que entre nuestros libros no figuraran ni el *Spectacle de la Nature*, del abate Pluche, ni el *Cours de physique* de Sigaud la Fond, ni el *Dictionnaire* de Valmont de Bomare. Estos tres libros y el *Traité d'économie politique* del barón Bielfeld, eran los extranjeros más conocidos en América española».

El estudio del cielo y del mundo vegetal, por la belleza del uno y riqueza del otro, fué lo que de momento les atrae al pisar por vez primera las tierras del Trópico. La doble serie de observaciones aludidas hubiera sido bastante para viajeros de otra laya; para la insaciable curiosidad de Humboldt, a la que nada de lo celeste, terrestre y humano era indiferente, el estudio de los fenómenos atmosféricos, astronómicos y botánicos tropicales ocupaba sólo una parte de su multiforme actividad. Hacernos total eco de las facetas de ésta, alargaría demasiado este trabajo; además, perderían mis líneas su único fin.

Los primeros días se ocupan en preparar e instalar los instrumentos y aparatos, en recoger plantas de los alrededores y en observar las huellas del terremoto ocurrido el 14 de diciembre de 1797. Los fenómenos sísmicos le interesaban a Humboldt desde los puntos de vista físico y geológico, olvidados a la sazón frecuentemente ante sus efectos catastróficos. El trabajo destructor de las termitas u hormigas blancas en los Archivos, le impide a Humboldt remontarse a más de 150 años en la documental historia de los movimientos sísmicos de Cumana. En cambio, fué testigo de algunos bastante perceptibles, y del terror y pánico que produjeron en los vecinos de la ciudad. El 28 de octubre, hacia las cinco de la mañana, y desde la terraza de la casa que habitaban, contemplan un eclipse de Sol, cuya detallada descripción la publica Humboldt en *Connaissance des Temps*. En los días que preceden y

siguen al eclipse, del 10 de octubre a 3 de noviembre, les sorprende un inexplicable fenómeno atmosférico: a la puesta del Sol, una roja nieblina aparecía en el horizonte, elevándose poco a poco y cubriendo en pocos minutos la bóveda celeste. En la noche del 11 al 12 de noviembre presencian numerosos bólidos y aparatosa caída o lluvia de estrellas, durante un intervalo de cuatro horas...

Esta primera estancia en Cumana les depara, también, emociones de otra clase:

La gran plaza de la ciudad, rodeada casi toda ella de soportales, se ve convertida un día en escenario de algo que subleva el humanitario corazón de Humboldt: un mercado de esclavos. Un danés, insensible al generoso espíritu de su nación, la primera, y durante mucho tiempo la única, que prohíbe el comercio de esclavos, ponía a la venta unos cuantos jóvenes de 15 a 20 años. Su piel aparecía brillante y lustrosa, ya que antes de comenzar la exposición de sus cuerpos se les untaba bien con manteca de coco. Ve a repetidos compradores mirar cuidadosamente la dentadura de los puestos a venta, para calcular, como se hace con los caballos, la edad y salud de la mercancía humana. Le recordaba a Humboldt este vergonzoso espectáculo la descripción que hace Cervantes, en «Tratos de Argel», del mercado de esclavos cristianos en la ciudad africana. Por fortuna, la inicua visión, por aquel entonces, ya no era frecuente en la española América del Sur. El triste espectáculo que se ofrece a la vista de los viajeros, no era otra cosa que un débil residuo del activísimo comercio de esclavos africanos, siglo XVI, en esta región; cuando estaban en pleno florecimiento las factorías de carne humana de Maracapan (antigua Amaracapuna), Cumana, Araya y Nueva Cádiz. En estos puestos, se

proveían de mano de obra dócil y barata los plantadores de Haití y otras islas antillanas.

Diligentemente se ocupaban los ilustres exploradores de los preparativos del Viaje, cuando inopinado suceso estuvo a punto de echarlo todo a perder. El 27 de octubre paseaban descuidados Humboldt y Bonpland, según costumbre, por la orilla del mar, entre el atracadero de Cumana y el barrio de Guaikeri; eran las ocho de la noche y estaban a dos kilómetros del poblado más próximo cuando un fornido zambo, desnudo de cintura para arriba, arremetió contra ellos con una gran macana, o garrote en forma de maza; Humboldt, que al oír pasos tras él había vuelto la cabeza, pudo eludir el golpe, no así Bonpland que cae al suelo. El agresor huyó después de apoderarse del sombrero del derribado. Repuestos un poco del susto, salen los dos en persecución del feroz zambo, le dan alcance al caer enredado en unos matorrales. Con la lucha cuerpo a cuerpo, aunque el dolor y la ira había doblado las fuerzas de Bonpland, hubieran salido mal librados éste y Humboldt; pues, el zambo se disponía a arremeter con un gran cuchillo. Por suerte, unos comerciantes vizcaínos, que tomaban el fresco a la orilla del mar, vienen en su auxilio, y capturan al gigante mestizo. A Bonpland, le produjo el golpe su correspondiente herida; con más, frecuentes vahídos que ponen en honda preocupación a su compañero de viaje. Por fortuna, estos trastornos no pasaron a mayores; acaban por desaparecer totalmente. Todos los habitantes de Cumana lamentaron mucho el incidente. Por ellos, tuvo noticia Humboldt de los antecedentes del zambo; era natural de un pueblecito de la zona del lago Maracaibo; prestaba sus servicios en un velero de Santo Domingo; por disensiones con su capitán, de nacionalidad francesa, fué abandonado en la costa de Cumana. Irritado del castigo

que le había impuesto su patrón, y de los malos tratos de que fué víctima, descargó su ira con los primeros a los que oyó hablar francés. Nadie podía creer que el móvil de robar el sombrero a Bonpland le había arrastrado a la traidora agresión. Poco antes de abandonar Cumana tuvo noticia Humboldt, y se alegró, de que el famoso zambo se había fugado del castillo de San Antonio, antes de ser sustanciado su proceso.

Dos expediciones organizan los viajeros desde Cumana: una, breve, por la península de Araya; otra, más importante y larga, a las misiones de los indios Chaymas.

La península de Araya, famosa en el siglo xvi como mercado de esclavos y por sus pesquerías de perlas, está separada de Cumana por las aguas del golfo de Cariaco. La travesía la hacen en una gran barcaza, provista de buenas pieles de jaguar; con esta ocasión observa Humboldt que a pesar del poco tiempo que llevaba en la zona tórrida, al igual que a sus habitantes, se apoderaba de él con un pequeñísimo descenso de temperatura, la sensación de frío. Con temperaturas de 20 a 21° necesitaba arroparse; con las mismas, y en día de lluvia, que había oído a las gentes de Cumana decir: «¡Qué hielo!... Estoy emparado».—A las ocho de la mañana, día 19 de agosto, echan pie a tierra, junto a las «Nuevas Salinas». Entonces, la producción de sal, no las perlas, mantenía el prestigio de la península de Araya. La explotación radicaba de antiguo; de época en que la mercancía tenía más valor, por ser más escasa. Esta riqueza excita la codicia de los holandeses; sólo con la construcción del famoso Castillo de Santiago o Real Fuerza de Araya (1622) consigue España asegurar el monopolio de su explotación. Esta fortaleza no tuvo razón de ser, y se abandona, desde el año 1726, en el que un golpe de mar destruye la laguna que vigilaba, y la

convierte en espaciado golfo. Las «Nuevas Salinas» que visita Humboldt eran, pues, cosa distinta de las famosas de los siglos xvi y xvii; después de ésto, ve las ruinas del Castillo de Santiago, y la cisterna, mandada construir en 1681 por el gobernador don Juan Padilla Guardiola, para proveer de agua a los habitantes de la seca Araya; el pueblo de Maniquarez y la fuente de nafta de Punta de la Brea. La península de Araya se encontraba en vía de despoblación; los pocos indios allí establecidos vivían miserablemente, y dedicados a la pesca; sin embargo, parecían estar satisfechos de su suerte; cuando se les intimaba a cultivar la tierra respondían: «nuestros jardines o huertos están sobre el angosto mar, llevamos pescado a Cumana y a cambio de él traemos bananas, cocos y manioca». La abundancia de pequeños ciervos atraía a Araya a buen número de cazadores.

Pocos días después de la expedición a la península de Araya, organizan una más importante por la quebrada zona que se extiende entre Cumana y Paria; zona pintoresca, de variada y lujuriosa vegetación, y asiento de los indios chaymas, evangelizados y civilizados, en parte, por verdadera legión de capuchinos aragoneses. El 4 de septiembre, cinco de la mañana, parte la caravana hacia la zona montañosa de Nueva Andalucía. Entre otros, acompañaba a Humboldt y Bonpland el vizcaíno, residente en Cumana, don Matías Iturburi. Habían de caminar por estrechos y difíciles senderos; por ello, era necesario reducir al mínimo el equipaje, que cargaron sobre dos mulos, portadores de algunas provisiones de boca, instrumentos y papel para secar las plantas que recogieran. Caminando por angostas rutas, entre verdaderas trincheras naturales o acariciados por gigantescas hierbas y bambúes, llegan al pequeño pueblo de San Fernando; primer

pueblo-misión o misión con que se enfrenta Humboldt en América. La disposición de las casas de los indios, la limpieza de las mismas, y lo taciturno y callado de la población le recuerda las colonias o comunidades de los Hermanos moravos, en Alemania. En la plaza del Pueblo se levantaban la iglesia, la casa del misionero y otras pequeñas construcciones que llevaban el pomposo nombre de *Casa del Rey*. Las Casas del Rey, que existían en todas las colonias españolas, ofrecían al viajero, dice Humboldt, cómodo albergue. La presencia de europeos en estas comunidades de indios sólo era tolerada por breve plazo; una noche podían pasar y nada más. Con Humboldt no rigió la regla; iba bien provisto de eclesiásticas recomendaciones. La misión de San Fernando había sido fundada en el siglo xvii, en el lugar de la confluencia del Manzanares y Lucasperez; trasladada, después de un incendio que redujo a ruinas la iglesia y demás construcciones, al pintoresco escenario donde la conoció Humboldt.

De camino, por el abierto valle que conduce a Cumanacoa, topan con el pequeñísimo pueblo de Arenas, donde tienen noticia de un curioso caso fisiológico: el vecino Francisco Lozano, de sangre europea, había amamantado durante cinco meses a un hijo suyo. No estaba a la sazón en el poblado, pero poco tiempo después recibe Humboldt, en Cumanacoa, la visita del padre e hijo, que contaba ya con 13 ó 14 años. Don Vicente Emparan envió a Cádiz una detallada descripción de este curioso fenómeno. Alejandro de Humboldt, al comentarlo, añade noticias de interés geográfico-histórico, sin omitir lo dicho por Aristóteles —(*Historia animalium*)— de aplicación a él.

Cumanacoa, sobre una fresca llanura casi circular y bordeada de altas montañas, ofrece a los viajeros cómodo albergue, durante cuatro días, gracias a la diligencia de

don Juan Sánchez, administrador del Estanco Real de Tabaco. Esta ciudad, de 2.300 habitantes, había sido fundada en 1717 por Domingo Arias, de vuelta de una expedición contra los filibusteros franceses, que intentaban establecerse en la desembocadura del río Guapiche; sobre su primitivo nombre, San Baltasar de las Arias, prevaleció el indio indicado; lo mismo sucedió con la capital de Venezuela, cuyo nombre español fué Santiago de León.—En el año 1779 se había estancado el tabaco; desde entonces, su cultivo en la provincia de Cumana se había reducido al valle de Cumanacoa; le seguía en importancia el cultivo del índigo, tan apreciado en el comercio como el de Caracas.

El 12 de septiembre emprenden los expedicionarios la ruta hacia el alto y poblado valle de Caripe, asiento del monasterio de igual nombre, capital de las misiones chyamas. Estaba situado el monasterio, noviciado de futuros misioneros y refugio apacible de los enfermos, en un lugar de paradisiaca belleza, a una altura de 803 metros. Un digno alojamiento prepararon los monjes a Humboldt: la celda del Padre guardián, adornada con el bello ornato de muchos y buenos libros. No pierde ocasión de alabar la simpatía, cultura y tolerancia de aquellos buenos capuchinos, con los que convive varios días. En ninguno encuentra la menor señal de recelo, a pesar de saber todos procedía el famoso viajero de la protestante Alemania. En las amenas y variadas conversaciones que tenían los frailes con los extranjeros nunca rozóse, en lo más mínimo, asuntos de religión y creencias.

Acompañados de la mayor parte de los monjes, fueron Humboldt y demás expedicionarios a visitar la gran cueva o gruta de los guácharos; adosada a la Sierra del mismo nombre, a unos 13 kilómetros del monasterio. La

citada cueva era una verdadera atracción de Nueva Andalucía; todo viajero a las pocas horas de desembarcar en Cumana, oía hablar de ella como una de las maravillas o monumentos a visitar. La entrada angosta de la cueva no corresponde a sus gigantescas dimensiones: cerca de medio kilómetro de larga, otro tanto de ancho y de 20 a 25 metros de altura. Con gran extrañeza oye Humboldt que la corriente subterránea formada en ella era la originaria del río Caripe; más que en esta particularidad, se basaba el renombre de la cueva por servir de refugio durante el día a millares de guácharos, cuyos estridentes graznidos infundían casi pavor. Esta ave nocturna fué descrita con todo pormenor por Humboldt en sus *Observations de Zoologie et d'Anatomie comparée*. La capturaban los indios para aprovechar su manteca, que nunca se enranciaba, de uso corriente en todo el valle del Caripe.

Corta parece a los viajeros su estancia en el simpático Hospicio de Caripe; salían con la aurora a herborizar en los cercanos montes y selvas; si llovía, visitaban las viviendas de los indios, el conuco de la Comunidad o asistían en la iglesia a la *Doctrina*; aquí, a menudo fueron festigos del titánico trabajo que representaba para los misioneros el hacerse entender de los indios, sin conseguirlo las más de las veces. Por ejemplo; un día trataba el doctrinero de hacerles comprender la diferencia entre *invierno e infierno*; todo en balde, obsesionados los pobres indios por la asonancia de aquellas palabras, no podían admitir correspondieran a dos conceptos diferentes; como aquellos neófitos no conocían otro invierno que la época lluviosa, para ellos el infierno de los blancos era un lugar de perpetuas lluvias. Por la tarde se encerraban en el monasterio para escribir su Diario, y secar o catalogar las plantas recogidas.

El 22 de septiembre se ponen en camino hacia Cariaco; camino difícil, no exento de peligros, en el que muchas veces tienen que abrirse paso a través del denso bosque a fuerza de machete; por fortuna, cabalgaban en buenos mulos, resistentes, y prácticos en vencer los más acusados taludes y las escalonadas veredas. Hacen pequeñas escalas en varios pueblos de misiones. Desde el monte de Buenavista divisan, con gran alegría, la fértil llanura de Cariaco. El mal estado sanitario de la ciudad les obliga a salir cuanto antes de ella. Sin embargo, pudo darse cuenta Humboldt, de lo mal que recibían y cumplían sus habitantes las restricciones que la Metrópoli quería imponer a su comercio exterior, y del poco disimulado entusiasmo por la Constitución de los Estados Unidos, y por la actuación y hazañas de Wáshington y Franklin, nombres familiares en boca de todas las gentes de Cariaco. Tenía entonces la ciudad 6.000 habitantes, y como base económica de existencia el cultivo del algodón.

Al conjunto de enseñanzas y datos contenidos en la detallada relación del viaje a las misiones de los chaymas, añade Humboldt un interesante capítulo dedicado de modo exclusivo al estudio de aquellos indios, de los que 6.500 vivían en los 19 pueblos-misiones de los capuchinos aragoneses.

* * *

Muy de mañana salen del puerto de Cariaco, tripulando un barco pesquero, con la esperanza de salvar en la misma fecha la distancia de 22 kilómetros y medio que les separaba del atracadero de Cumana. Lluvias torrenciales y contrarios vientos les obligan a hacer tierra en el puertecito de Pericantral. A la puesta del Sol se embarcan de nuevo,

llegando al deseado fin a las tres de la madrugada del siguiente día.

La larga estancia en Cumana y Nueva Andalucía de los famosos viajeros, obra en ellos su rápida aclimatación a la América del Sur; habituados a los usos y costumbres de las gentes de aquel mundo, y hablando el español como su lengua nativa, Humboldt y Bonpland, cuando abandonan Cumana, estaban en inmejorables condiciones para el largo viaje que iban a emprender.

Al salir de Cumana ya tenían trazado su plan y decidido la parte más valiosa del mismo: explorar la natural comunicación entre las cuencas del Amazonas y Orinoco. Intervención decisiva tienen en esto las animosas palabras del religioso Juan González. Simple lego, aunque muy culto, que por intrigas de sus hermanos de religión, hacía unos años, lo habían destinado —desterrado— a la más remota misión del Alto Orinoco: Esmeralda. Conocía a maravilla la zona comprendida entre las Cataratas y nacimiento del gran río venezolano; los bosques del alto Orinoco le eran familiares. Todos sus conocimientos y experiencias los pone al servicio de los viajeros; por ello hay que considerarle activo copartícipe en el programa ejecutado por Humboldt y Bonpland. Fué, para aquel, hombre de toda confianza; al regreso de su gran viaje, le contenta muchísimo encontrarlo en Nueva Barcelona; les acompaña unos meses, y después, le encarga Humboldt de llevar a Europa parte de las plantas y animales recogidos. Desgraciadamente estas colecciones no llegan a su destino, destruídas, como la vida de Juan González, por una nefasta tormenta, a vista de las costas africanas y en el año 1801.

Dieciocho de noviembre. Ocho tarde. Partida de Cumana. En salvar la distancia entre Cumana y La Guayra solían invertirse entonces de 36 a 40 horas. La embarcación que utilizan era una de las que hacían el comercio entre las costas venezolanas y las Antillas. En el puerto de Barcelona hacen una escala de dos horas, aprovechadas por Humboldt para subir al Morro de Barcelona, pequeño fuerte que defendía su entrada. Esta detención tenía por objeto saber lo que pretendían los cruceros ingleses estacionados en aquellos mares; en vano. El tiempo adverso fué causa de otra escala en el pequeño puerto de Higuerote; de tal modo se había apoderado el pánico de los tripulantes, que todos prefieren hacer por tierra el camino de Higuerote a Caracas. Sólo Humboldt se embarca otra vez, por no perder de vista sus útiles de trabajo, cuyo traslado por tierra había de ser más dificultoso que por mar. Bonpland se queda con los partidarios de la *vía terrestre*, con no poca satisfacción de su compañero, pues ello posibilitaba enriquecer la colección de plantas que iban formando.

Pocas horas estuvo Humboldt en La Guayra; las personas a las que iba recomendado, interesadas por su salud, le aconsejan no dormir en la ciudad, pasto de la fiebre amarilla, y que lo hiciera en Maiquetía, pueblo más saludable. Así lo hizo. El 21, por la tarde, entra en la capital venezolana; cuatro días antes que sus compañeros de viaje, detenidos bastante tiempo, por las lluvias y aguas salvajes, entre Capaya y Curiepe.

V

Más de dos meses permanecen en Caracas. Poblada, cuando la honran con su visita Humboldt y Bonpland, por 40.000 habitantes, y sin el azote terrible de la viruela, que en el año 1766 había costado de 6.000 a 8.000 víctimas. Después de aquella trágica fecha, la vacuna antivariolosa se hizo de uso tan general que vió Humboldt a muchos aplicársela sin intervención del médico. Era asiento de una Audiencia y de uno de los ocho arzobispados, entre los que se dividió la jurisdicción eclesiástica de toda la América española. Contaba con ocho iglesias y cinco conventos; con un teatro capaz para 1.800 espectadores, los ocupantes del patio de butacas, podían contemplar, dice Humboldt con graciosa ironía, el espectáculo del escenario y el más sublime del firmamento que les servía de techado. Eran muy lindas las plazas de Alta Gracia y San Francisco, destruídas por el catastrófico terremoto de 1812; lo mismo acaece al barrio que aloja a los famosos huéspedes, la parte más alta de la ciudad: «La Trinidad». Habitaban Humboldt y Bonpland una casa grande y casi aislada. Durante su estancia en Caracas alternan con la *élite* de la sociedad, que es objeto de curiosas observaciones de Humboldt. El capitán general, Guevara de Vasconcellos, les dispensa toda clase de cariñosas atenciones. Le sorprende a Humboldt lo al día que estaba la aristocracia caraqueña de los problemas políticos de la

Metrópolis, colonias, y en general de todo asunto de actualidad. Por este ambiente, en ningún lugar del mundo se sintió tan cerca de Cádiz o Estados Unidos como en la capital venezolana. Sin embargo, cosa rara, no existía en aquella ciudad ninguna imprenta; no cabía considerar como tales algunos establecimientos que de vez en cuando daban a luz calendarios y algunas hojas Pastorales. En el año 1806 se funda la primera imprenta importante debida a un francés, Delpeche, emparentado con linajudas familias de Venezuela.

Desde Caracas, Humboldt y Bonpland hacen varias excursiones, acompañados de miembros de la aristocracia caraqueña y algunas veces del gobernador.

Dieciséis les acompañan en la ascensión a la Silla de Caracas. No era extraño este contagio. Todos en Caracas hablaban con el mayor entusiasmo de la montaña; empero, ni uno solo encontró Humboldt que se hubiera arriesgado a trepar hasta su doble cumbre. ¡Cuánto defraudan a las gentes de Caracas los resultados de la medición de Humboldt! Distaban mucho de lo que, empíricamente, y con cierto orgullo, habían imaginado.

El curioso espíritu de Humboldt no se avenía a pasar por un lugar o recorrer un camino sin estudiar y observar las particularidades de uno y otro. De La Guayra, por causa que nos es conocida, salió de estampía; el camino del Puerto al alto valle de Caracas, con el temor de no hacerse esperar al compañero de viaje, lo hizo demasiado de prisa para saborear sus bellos encantos. Por esto, cuando tiene noticia de que el mal estado sanitario de La Guayra había remitido, emprende, ya con Bonpland, una nueva visita a aquellos lugares; fines de enero de 1800.— Actualmente en cómodo ferrocarril puede hacerse el recorrido de Caracas a La Guayra, salvándose el gran desnivel

entre estos dos puntos próximos por una zigzageante ruta. En tiempo de Humboldt había que hacerlo a lomo de buenas mulas o a pie, invirtiéndose tres y cuatro horas en la bajada, y cuatro o cinco en subir, respectivamente. Humboldt no encuentra término adecuado de analogía para dar idea de la belleza del camino; ni una sola de sus estaciones olvida, ni silencia la menor de sus particularidades.—Entre la base de la Cordillera y el mar se extiende una llanura, de 200 a 270 metros de anchura, en la que se extiende La Guayra o Puerto de Caracas. Este lugar, tan caluroso como Habana y Vera Cruz, contaba entonces con 6.000 a 8.000 habitantes, y lo constituían esencialmente dos calles arrumbadas de E. a O. Los fuertes vientos, bancos de arena e impetuosas rompientes hacían su rada, antes de que el hombre modificara sus adversas condiciones, difícilmente accesible a los barcos. Negros libres y esclavos, con más de la mitad del cuerpo sumergido en el agua, cargaban el cacao en embarcaciones ancladas a cierta distancia de la costa; en este hercúleo trabajo nada tenían que temer de los abundantes tiburones, tan temibles en otros lugares por su acometividad contra el hombre; estaban como domesticados.—Dice Humboldt que desde hacía dos años a la fama de caluroso añadía el puerto de La Guayra otra cualidad más funesta; en el año 1797 un bergantín procedente de Filadelfia introduce en aquel puerto el germen del tifus americano, vómito negro, fiebre amarilla o calentura amarilla, azote terrible de Puerto Cabello, Cartagena de Indias, Santa Marta y otros lugares de la llamada Tierra Firme. En los años 1797 y 1798, no sólo ataca a los españoles recién llegados a La Guayra también hace sentir sus tristes efectos en regiones muy alejadas de la costa, como en los Llanos comprendidos entre Calabozo y Uritucu, de clima tan caluroso como La Guayra aunque más saludable.

Tanto como homenaje a la ciudad de Caracas, que sólo sensaciones agradables produjo a los viajeros, como por dar a conocer de modo científico el calamitoso terremoto que asola a aquella ciudad, el 26 de marzo de 1812, dedica Humboldt un hermoso capítulo a este sismo. Es relación detallada, y lección inmortal de *vulcanismo*. Las leyes de *causalidad y relación*, de que tanto se ufanan los geógrafos de hoy día, a pesar de no haberlas nunca enunciado pomposamente, nunca, también, escapan a la vista de Humboldt; para él, el terremoto de Caracas, que cuesta la vida a 2.000 personas, es un número en la serie de sismos acaecidos, entre 1811 y 1813, en la extensa zona comprendida entre las Azores y el valle del Ohío, las costas de Venezuela y los volcanes de las pequeñas Antillas.

* * *

Una de las metas del viaje de Humboldt-Bonpland era alcanzar el Orinoco. Para ello, desde Caracas, había un camino fácil y corto, el que conducía a Cabruta, allí donde el río Guarico entrega el tributo de sus aguas a la gran corriente venezolana. Ansiosos de espectáculos desconocidos, prefieren al camino más breve aquél que podía ofrecer a su contemplación más novedades.

Entre las montañas costareñas y las interiores de la quebrada Venezuela Central, se extiende una fosa tectónica o depresión, que en la actualidad, como en los tiempos de Humboldt, es la parte vital o centro de gravedad de Venezuela; la zona más densamente poblada y de más ricos cultivos. En esta región tenían sus propiedades, plantaciones y casas de campo las más acomodadas familias de la capital; todas, rivalizan en obsequiar a los viajeros, en hacerlos huéspedes de sus ricas y cómodas

mansiones, en servirles de guía en sus excursiones por aquella tierra bendecida de tantos dones y riquezas. Con no poco epicureísmo goza Humboldt y su compañero de los regalos y delicias que ofrece la Civilización; parece como que querían saturarse de aquéllos y éstas antes de transitar por el mundo virgen del Orinoco.

Dos deliciosos días transcurren en la hacienda de don José de Manterola; en sus inmensas plantaciones de azúcar perciben las tres variedades comunes de este cultivo en toda Venezuela: la caña criolla, procedente de la India, traída primero a Sicilia, y por los canarios a las Antillas; la tahitana, cuyo cultivo fué extendido por los viajes de Cook, Bougainville y Bligh. Bougainville lo impuso en Cayenne (Guayana Francesa) de donde se extendió a la isla Martinica y otras Antillas. La tercera variedad, caña de Batavia o de Guinea, se empleaba principalmente para la fabricación del ron.

En el azulísimo y limpio cielo de los valles del Tuy y Aragua observan algunos fenómenos astronómicos, como el 1.º y 4.º satélites de Júpiter, y, casi todas las noches, el vivo resplandor de la luz zodiacal.

Sobre las rientes márgenes del Tuy, encuentran el bonito pueblo de Mamón o Consejo; afamado por los milagros que se atribuían a un cuadro que representaba a la Santa Madre. Poco antes de llegar a este pueblecito se detienen en una granja de la familia Montera; don Francisco Montera y su hermano llevan la gentileza hasta el extremo de acompañar a Humboldt y Bonpland hasta Victoria, deseosos de hacerles huéspedes mimados de su propia casa. ¿Qué de extrañío tiene que Humboldt ante amabilidades de esta naturaleza, en diferentes ocasiones, haga constar con sincero convencimiento que América española era la tierra hospitalaria por excelencia? Victoria, envanecida con el

título de villa, tenía 7.000 habitantes; el río Calanchas, perteneciente ya a la cuenca del Aragua, atraviesa la ciudad, circundada por cultivos en los que prosperan por igual los cereales templados y las plantaciones de caña de azúcar, café y bananas.

Al oriente de Victoria, la espléndida vitalidad y riqueza del valle de Aragua; expresiva de una y otra es la densa población que lo ocupa, 100 habitantes por kilómetro cuadrado cuando lo visita Humboldt. — Camino de la hacienda de Cura, hermosas plantaciones del conde de Tovar, a donde llegan el 14 de febrero, atraviesan los prósperos pueblos de San Mateo, Turmero y Maracay, y pasan dos amenas horas acompañados de la ilustre familia de los Ustariz, en Concesión. — Lo que sucede a los viajeros en Maracay, obliga a Humboldt a hablar de nuevo de la excelsa virtud que adornaba a todas las gentes de América hispana a principios del siglo XIX; cualidad a la que con insistente machaqueo hace referencia, y de la que nosotros nos hacemos eco con orgullo bien comprensible. Llegaron bastante tarde al pueblo citado, en ocasión que las familias a las que iban recomendados ya no estaban en casa. Esta pequeña contrariedad es subsanada al momento por la acogida cordial que les ofrece una modesta familia canaria, en cuya casa se les prepara succulenta comida y albergue...

En la hacienda de Cura, como huéspedes del conde de Tovar, pasan siete días. Desde aquí hacen varias excursiones al lago Valencia y una escapada a los montes Mariara. Resultado de aquéllas, fué el completo estudio del lago Valencia o Tacarigua, que ocupa la parte más profunda de la depresión a que nos referimos en líneas anteriores. No podía escapar al estudio de Humboldt la regresión secular de esta sabana líquida, como una de sus más típicas particularidades. El cronista Oviedo

—(*Historia de la Provincia de Venezuela*. Publicada en el año 1723)—con su acostumbrado estilo enfático, le llama «monstruoso cuerpo de la laguna de Valencia»; entre otras cosas, dice de ella: a poca distancia de sus orillas no alcanzaba la sonda el fondo; la ciudad de Nueva Valencia (año 1565) estaba a 2,25 kilómetros del lago; la relación entre su largura y anchura era como la de 7 a 3. Con estos datos compara Humboldt los suyos; la diferencia salta a la vista: 45 kilómetros de longitud y 8 a 10 de anchura, en su mayor parte; estas cifras están en una relación aproximada de 10 a 2,3; la distancia del lago a Valencia, superior a 5,26 kilómetros; su profundidad media de 23 a 30 metros; las máximas de 68 a 78 metros. Al descenso de su nivel se debió la aparición en el año 1796 de tres nuevos islotes, llamados por el pueblo «Los Nuevos Peñones» o «Aparecidas»; cuatro años después, cuando la visita de Humboldt, emergían sobre el nivel medio del lago un metro. Si a estos datos añadimos los posteriores de Codazzi—(*Resumen de la Geografía de Venezuela*. París, 1841)—y los actuales, aparece clara la regresión rápida del lago de Valencia; debida, según Humboldt, a la deforestación de la zona montañosa que lo bordea y a la extensión de los cultivos de caña de azúcar, índigo y algodón; los densos bosques que rodeaban el mismo humedecían la atmósfera que sobre él gravita, disminuyendo el valor de la evaporación; los cultivos indicados absorbían buena parte del agua de los tributarios del lago. Por sus contornos y altura sobre el nivel del mar, le recordaba a Humboldt al lago de Ginebra. De las múltiples islas que de él emergen, visitan algunas; en la del Burro, la mayor, de 3.900 metros de larga, habitaban entonces dos familias de mestizos, cuidadoras de cabras. Días antes que Humboldt y Bonpland, habían llegado a

esta isla unos cazadores; les sorprendió la noche y prefirieron dormir al aire libre que regresar a Mocundo; un terror invencible se apodera de los habitantes de la isla; un pobre viejo hace pasar la noche a su hija encaramada en una alta acacia, y él no se separa en toda ella del pie del árbol. El completo aislamiento en que vivían les hacía por demás asustadizos y medrosos.

Algunos tributarios del lago Valencia tienen su origen en fuentes termales; en tres lugares de la cordillera costañera aparece este fenómeno: en las Trincheras, camino de Valencia a Puerto Cabello; junto a Mariara, y en Onoto. Los dos primeros fueron visitados por Humboldt y Bonpland. En la «Quebrada de aguas calientes», próxima a Mariara, visitan los varios pozos o manantiales termales, y miden la temperatura de sus aguas, oscilaba de 56 a 59 grados. Son de naturaleza sulfurosa, con propiedades medicinales, ya entonces, muy alabadas; tanto, que don Domingo Tovar, el más rico propietario de Mariara, pensaba construir un Balneario. Aquellas aguas se empleaban con eficacia para combatir las hinchazones reumáticas, rebeldes úlceras y las «bubas» o terrible enfermedad de la piel.

El 21 de febrero abandonan la hermosa hacienda de Cura. Camino de la ciudad de Valencia, gozan de la afectuosa hospitalidad del marqués del Toro, en Guacara y Mocundo, y de la contemplación de inmensas plantaciones de azúcar. Nueva Valencia, fundada en 1555, doce años antes que Caracas, tenía entonces una extensión desarmónica con su escaso número de habitantes, 6.000 a 7.000. Sus anchas calles y enorme «Plaza Mayor» hacían la impresión de lugar deshabitado; no era del todo errónea esta idea ya que muchos de sus vecinos cerraban sus domicilios para vivir la mayor parte del año en las pequeñas plantaciones de índigo y algodón que cultivaban. En

sus edificios, dice Humboldt, causaban grandes daños la densa red de subterráneas galerías abiertas por millones de hormigas, en razón a que en la época de lluvias se convertían en intrincada maraña de canalillos, con el consiguiente peligro de la cimentación de las casas. Y añade: los que no han visto la gigante masa que forman las hormigas termitas en toda la zona tórrida, se resisten a creer los destrozos causados por ellas. A principios del siglo xvi, hacen los dominicos gigantes esfuerzos para librar de su asolación las ricas plantaciones que poseían en La Vega, isla de Santo Domingo; como en ocasiones eran inútiles los humanos esfuerzos para librarse de esta plaga, había que confiar en la divina intercesión; para ello aconsejan a las gentes elegir un celeste «abogado contra las hormigas». Tocó la suerte a San Saturnino, por coincidir su día con una remisión de la espantosa plaga en aquellas plantaciones. El culto a San Saturnino, muy extendido en algún tiempo, estaba tan decaído en el de la visita de Humboldt y Bonpland, que sólo encontraron una pequeña capillita, adosada a la cordillera, con la inscripción votiva al santo Patrón.

De todas las quebraduras que interrumpen la sierra costareña de las montañas centro-venezolanas, ninguna es tan amplia y viable como la que aprovecha el actual ferrocarril de Valencia a Puerto Cabello. Ofrece un camino tan fácil y recto entre los dos lugares, que en cuatro horas, a caballo, puede irse de uno a otro. «La Trincherera» se llama este paso o corredor, en recuerdo de una pequeña fortaleza elevada por los filibusteros franceses, cuando saquearon (1677) la ciudad de Valencia. La importancia geológica de este accidente natural estriba en la existencia de unas fuentes termales; visitadas, como las de Mariara, por Humboldt. La temperatura de sus aguas, según

testimonio del viajero, se eleva a 90,3 grados; sólo superada por la de las fuentes de Urijino (Japón) que alcanza los 100 grados. Desayunan los viajeros en su proximidad, y comprueban que los huevos se cocían en menos de cuatro minutos.

Puerto Cabello (baterías de Punta Brava) era una de las plazas de defensa de Tierra Firme; seguía en importancia en este aspecto al puerto y Fortaleza de Cartagena; las otras eran: el castillo de San Antonio (Cumana); el Morro (Nueva Barcelona), las Defensas de La Guayra y el Fuerte de San Carlos, en la gola del lago Maracaibo. Tenía la ciudad 9.000 habitantes. La casa de Mr. Juliac les ofrece albergue, y además ocasión de contemplar las curiosas colecciones de su amable huésped. Médico francés, de fama adquirida en Montpellier, desde hacía años regentaba el Real Hospital de Puerto Cabello. Testigo de los estragos de la fiebre amarilla, dedica toda su actividad a combatirla; en lugar de hacerlo con sangrías, purgantes y bebidas ácidas, emplea estimulantes como opio, benzoe y bebidas alcohólicas. Los resultados fueron satisfactorios, disminuyendo considerablemente la mortalidad en los atacados; de 33 y 63 por 100, respectivamente, en los criollos y europeos recién llegados, bajó a 20 y 10 por 100.

De regreso a Valencia, por las plantaciones de Barbula y Guacara, estudian el curioso árbol llamado «palo de vaca», de cuyas incisiones mana abundante leche vegetal.

* * *

La cordillera interior, menos elevada y maciza que la costareña, separa el valle de Aragua de los inmensos Llanos de Venezuela. Con rumbo a éstos pasan por el pueblo de Santa María Magdalena y villa de Cura. Era

domingo cuando atraviesan el primero; todos sus habitantes estaban en la iglesia o sus alrededores; algunos, los abandonan para obligar a la caravana a interrumpir su marcha y oír misa; las razones y actitud de los muleros se impone. Unica muestra fué ésta, dice Humboldt, de intransigencia y fanatismo que encontré en mi largo viaje. Bien pequeña, por cierto, para justificar la inmerecida fama que tenía en Europa la población de América española

San Luis de Cura o villa de Cura, tenía 4.000 habitantes y mucho renombre a causa de un milagroso cuadro de la Virgen, Nuestra Señora de los Valencianos. Por algún tiempo se habían disputado la milagrosa joya las ciudades de Cura y San Sebastián de los Reyes; el obispo de Caracas, para poner fin a la disputa, tuvo en depósito el famoso cuadro en el archivo diocesano durante treinta años; en 1802 lo devuelve a los curaenses.

Los Llanos de Venezuela impresionan tan vivamente a Humboldt, que le sugieren uno de los más hermosos capítulos de Geografía Comparada, contenido en los *Cuadros de la Naturaleza*; su descripción, en el sentido de perfecta, es clásica y digna de figurar en los actuales libros de «Lecturas geográficas». Consciente de su significación geológica y geográfica, los individualiza admirablemente, desvaneciendo, de paso, la concepción demasiado simplista de América del Sur, que sustituye por una casi coincidente con la de nuestros días. A pesar de su expresivo, español y justificado nombre, no escapa a la perspicacia de Humboldt el observar las pequeñas interrupciones de su relieve; las describe con el nombre de

mesas y bancos, tan bien como puede hacerlo, años después, Codazzi.

Por Ortiz y Parapara entran en la región de los Llanos o extensas sabanas. Duras jornadas hacen hasta llegar a Calabozo; tenían que prevenirse de la acometida de bandas de salteadores, cuatreros, y viajar de noche para evitar el calor angustioso de las horas de Sol. Algunos días descansan en la ciudad citada, en casa de don Miguel Cousin, gobernador de la Real Hacienda. Entonces, como hoy, era Calabozo (5.000 habitantes) importante metrópoli ganadera, riqueza que enviaba a las Antillas por Puerto Cabello.

Poco después, se detienen en la villa de San Fernando, capital de las misiones de capuchinos en la provincia de Barinas. La estancia en la joven ciudad fué aprovechada por Humboldt para aumentar de modo considerable el rico tesoro de observaciones meteorológicas, y medir la anchura del río Apure. Para navegar por él hasta el Orinoco alquilan una amplia piragua o lancha, servida por un patrón y cuatro indios. Su relativa anchura y amplitud permitía relativas comodidades, ausentes del todo en las estrechas piraguas que más adelante habrían de utilizar; junto a la popa se improvisó fácilmente un pequeño pabellón, cubierto de hojarasca, en el que cabía con holgura una mesa y bancos a su alrededor. Esta embarcación la utilizan hasta Carichana, sobre el Orinoco; pagan por su alquiler 80 reales; como salario al patrón, cuatro reales diarios, y a los indios o marinería, dos reales por día a cada uno. Don Nicolás Soto, cuñado del gobernador de Barinas, llegado hacía poco de España, se incorpora a la expedición de Humboldt; durante 74 días vive en íntima camaradería con los viajeros, navegando por los ríos Apure, Orinoco y Negro.

Desde San Fernando a San Carlos, en el río Negro, y de aquí a Angostura, Humboldt anota cuidadosamente día por día todo lo observado. Este Diario, lo lleva después, ampliado, a la *Relación Histórica*; así, una parte de la misma está dividida en jornadas, sin que por esto pierda frescura e interés, ganando además en exactitud cronológica.

Durante cinco días navegan por el río Apure (hasta el 4 de abril) contemplando la agreste y solitaria naturaleza que lo bordeaba; numerosos cocodrilos; verdaderos enjambres de cerdos de agua o chiguires; gigantes tigres o yaguares y manatis, que los indios llamaban apcia y avia. Ni animales ni hombres ponen en el más pequeño peligro a los viajeros; pernoctaban siempre en las orillas del Apure, y alguna vez tienen la suerte de encontrar huéspedes que les acogen con el mayor gusto.

VI

En el mundo casi desconocido en que Humboldt y Bonpland iban a moverse, la civilización estaba representada por las Misiones. Cuando la esfera de acción de los franciscanos andaluces, procedentes de la costa venezolana y valle de Aragua, apenas habían llegado a la llanura de Calabozo, ya los jesuitas habían lanzado su vanguardia hasta las cataratas de Apures y Maypures. Expulsada la Compañía de Jesús, la labor de sus miembros, en las misiones del Orinoco, la heredan los capuchinos andaluces.

La *Storia dell'Orinoco*, del padre Gili, publicada en Roma en 1749, es guía que utiliza Humboldt en buena parte de su viaje. De *visu* pudo comprobar no pequeño número de exageraciones, errores y omisiones de monta. Tengamos en cuenta que Humboldt interesado en servir a la Ciencia, que es la verdad, no trataba de embaucar al lector con maravillosos relatos y los manidos tópicos de todos los exploradores. Muchas veces oyó calificar de *cuentos de frailes* las noticias que intercalaban los misioneros en las descripciones de aquellos lejanos mundos.

Desde San Fernando, puede decirse, que se movían los viajeros en una zona casi vacía de hombres; por eso, grata sorpresa les depara la animación de una isla del Orinoco, próxima al lugar llamado *boca de la tortuga*; allí, encuentran, además de muchos indios de diversas razas, algunos

blancos pulperos, comerciantes de Angostura y al misionero de Uruana; todos se ocupaban en la cosecha de oleaginosos huevos de tortuga. El aceite o manteca de tortuga es de uso general en las regiones del Orinoco. Sus factorías en tiempo de Humboldt eran: Cucuruparu, o boca de la tortuga; Encaramada, o boca del Cabullare, y Pararuma.

En Pararuma, a donde llegan el 9 de abril, encuentran a los misioneros de Carichana y de las Cataratas, en ocasión que entretenían su ocio jugando a los naipes y fumando en largas pipas; su aspecto amarillento y enfermizo revela a Humboldt y compañeros cuánto podría peligrar su salud en aquellas apartadas regiones. Ambos misioneros prestan señalados servicios. El patrón indio que había conducido a los viajeros desde San Fernando de Apure se niega a proseguir en su servicio, por miedo a los *chorros*, *raudales* y *raudalitos* del Orinoco. La intervención del misionero de Carichana resuelve pronto el problema; a buen precio les proporciona una piragua. Por otra parte, el misionero de Atures y Maypures, o de las grandes cataratas, Padre Bernardo Zea, ofrecióse a acompañarles hasta la frontera del Brasil; estaba enfermo y pensaba restablecerse en las misiones del río Negro. No fué de escaso valor la colaboración del Padre Zea en la difícil travesía de los Raudales (Atures y Maypures); sin ella, hubieran corrido el riesgo de estacionarse durante semanas enteras en aquellos insanos parajes, y, quizá, visto obligados a desistir de la empresa. No había que esperar mucho de la ayuda de los indios ya que muy pocos habían hecho la peligrosa navegación que los viajeros se proponían.

En la misión de Carichana, gracias al buen misionero fray José Antonio de la Torre, pudieron dormir bajo

techado, no poco regalo para los que llevaban casi 14 días haciéndolo al aire libre, y en incómodas hamacas. El poblado estaba a más de tres kilómetros del río, al abrigo de las inundaciones; lo habitaban los indios salivas; la disposición natural para la música de este pueblo, fué educada y fortalecida por los jesuitas fundadores de la misión. Lo mismo habían hecho en otros poblados; era sorprendente para Humboldt y Bonpland encontrar indígenas virtuosos del violín, cello, triángulo, guitarra y flauta. A partir de Carichana las márgenes del río se embellecen cada vez más, y la navegación se dificulta por la existencia de remolinos y cascadas, anuncio de las grandes que Humboldt ha inmortalizado.

El estudio de las cataratas de Atures y Maypures le interesaba a Humboldt; fué una de sus conquistas científicas más valiosas. Le excitaba a la detallada visita, la fama que tal accidente geográfico gozaba en lenguas de los americanos del Sur. Los indios las llamaban Mapara y Quituna; los misioneros generalizan los nombres citados, de origen etnográfico; en las costas de Caracas se les designaba con el nombre de los Dos Raudales, los raudales por excelencia, a cuyo lado nada significaban otros de la corriente venezolana.

Dividían, en aquellos tiempos, los establecimientos cristianos de la llamada Guyana española en dos partes muy diferentes: Misiones del Bajo Orinoco, entre Atures y la desembocadura del río; Misiones del Alto Orinoco, extendidas entre Maypures y Esmeralda o Monte Duida. Separaban un mundo relativamente conocido de otro que era una incógnita; más allá de Maypures comienza una región quebrada recorrida por los afluentes del Orinoco y Amazonas, que en el siglo xvii, a causa de sus activas relaciones con el río Negro y Gran Para,

parecía corresponder más al Brasil que a las colonias hispanas.

Los misioneros que antes de Humboldt habían descrito el Orinoco: Padres Gumilla, Gili y Caulin, no lo habían remontado más allá de Maypures. Verdad es que al último se debe una buena representación topográfica del alto Orinoco y Casiquiare, pero sólo respondía a los fines militares de la expedición fronteriza de Solano e Iturriaga, año 1756.—Pasada la Catarata sólo encuentra Humboldt, en un trayecto de 450 kilómetros, tres establecimientos cristianos con seis u ocho blancos, de origen europeo, cada uno. Por eso, tiene buen cuidado cuando escribe de aquel mundo, del alto Orinoco, asiento de innumerables fábulas, separar con toda precisión sus propias observaciones de las ajenas o *de oídas*.

A base de las enseñanzas y determinaciones hechas por Humboldt está trazado, en la mayor parte de los mapas al uso, el curso de Orinoco; se han corregido alguna de sus determinaciones astronómicas; quedan en pie, en cambio, la descripción de los grandes Raudales y de la zona de la Bifurcación; respecto a su origen, permanece todavía en el reino de la sombra de no admitir los datos del ilustre viajero.

El Libro II de los *Cuadros de la Naturaleza* ofrece al lector una descripción sintética de las famosas cataratas, diluida en el «Viaje» entre un sinnúmero de detalles y digresiones amenas de Geografía Comparada.

Las cataratas de Atures y Maypures, no consisten, como las de Niágara, en la caída continua de una gran masa de agua; ni tampoco son estrechos desfiladeros, como los pongos del Amazonas, que fuerzan al río a acelerar su curso; son, una innumerable serie de pequeñas cascadas sobrepuestas unas a otras, y formando gradería.

Raudal es el nombre que los españoles dieron a esta especie de cataratas, dice Humboldt, que vienen a ser un verdadero archipiélago de islotes y rocas, que dividen al río en múltiples brazos, estrechos y difícilmente navegables. El ruido que producen no corresponde al pequeño desnivel que salvan, es debido más a la estructura del cauce sembrado de islas y escollos. Anota Humboldt la observación de que es mayor por la noche que por el día; indudablemente depende este fenómeno de corrientes ascendentes de aire tibio, que por la perturbación que introducen en el equilibrio de la elasticidad atmosférica impiden al sonido que se propague, rompiendo irregularmente las ondulaciones. La frescura de la noche pone natural término a estas corrientes.

Cinco días permanecen en las inmediaciones de las Cataratas: en las misiones de Atures y Maypures.

El pequeño pueblo de San Juan Nepomuceno de los Atures debía su fundación, en el año 1748, al jesuita Francisco González; era el último establecimiento cristiano, aguas arriba del Orinoco, fundado por los Hijos de San Ignacio; los situados más al sur, y sobre el Atabapo, Negro y Casiquiare, eran creaciones de los franciscanos observantes.—En lamentable estado se encontraba la misión; los 520 indios que la poblaban en tiempo de la expedición de Solano se habían reducido a 47, asegurando a Humboldt el misionero que disminuían de año en año; ante este hecho alarmante, igualmente notorio en Maypures, se pensó en repoblar el territorio con negros; fracasaron las gestiones que a este fin hizo el Padre Zea. No se cultivaba otra cosa que algo de manioca y bananas; sin embargo, en tiempo pasado existían fértiles campos de maíz y legumbres, y en los prados de Atures y Carichana se alimentaban de 20.000 a 30.000 caballos y vacas. Toda esta riqueza

desaparece al marchar los jesuitas. Antes de sustituirlos los franciscanos observantes transcurren 18 años, en los que las misiones de Atures y Maypures fueron visitadas de vez en cuando por los capuchinos; de la explotación de los hatos y granjas de los jesuitas se encargan comisarios reales, cuya intervención fué catastrófica. Lo que quedó fué pasto de murciélagos y tigres; éstos, campeaban libremente por aquellos territorios; mucho oyó Humboldt de su fiereza, pero algo menos que ella preocupaba a los viajeros el constante ataque de los mosquitos, zancudos y pequeñas moscas venenosas. ¡Terrible plaga de las márgenes del Orinoco! Y más agravada en la zona de los grandes raudales. ¿Qué de extrañío tiene oyera allí Humboldt estas fórmulas de salutación?: «Qué le han parecido los zancudos esta noche? ¿Cómo estamos hoy de mosquitos?».

La zona de los Raudales era dominio en lejanos tiempos de la raza ature; Humboldt se hace eco de una tradición corriente en aquel país: perseguidos los atures por los caribes antropófagos se refugían en las rocas de las cataratas, lúgubre morada en donde toda la raza pereció sin dejar indicio de la lengua que hablara. «Es de suponer que la última familia de los atures no se extinguió hasta mucho tiempo después; porque en Maypure vive, ¡cosa rara!, un loro viejo que nadie entiende, según dicen los naturales, porque habla la lengua de los atures». —(*Cuadros de la Naturaleza*)—. El loro de los atures fué honrado con una composición en verso del conocido filólogo y arqueólogo Ernesto Curtius, que dedica a su buen amigo Alejandro de Humboldt.

En la región de las cataratas de Maypures, radicaba la misión de San José de Maypures, cuyo lugar fué fundado por la expedición fronteriza de don José Solano.

Ninguno de sus pobladores dormía en sus propias viviendas, haciéndolo en las islas de la catarata o en hamacas protegidas por el humo de hogueras próximas; así se libraban de los mosquitos todavía más abundantes y molestos que en Atures.

Testigo de la dificultad y peligro que suponía la travesía de los raudales de Maypures, y de la ventaja económica que reportaría el activo comercio con el alto Orinoco, Humboldt presenta, por mediación de Guevara de Vasconcellos, al Gobierno de España, un proyecto de canal entre los pequeños ríos Cameji y Toparo para salvar la imponderable dificultad de las cataratas. Las de Atures no era tan fácil obviarlas; por otra parte, no tan preciso por ser más viables.



VII

Salvadas las cataratas, tantas veces mencionadas, sin otras escalas o descansos que los imprescindiblemente necesarios, llegaron a la misión de San Fernando de Atapabo; antes, tienen ocasión de observar los llamados *ríos negros*, frecuentes a partir de la desembocadura del Zama. La tonalidad oscura de sus aguas es fenómeno que indios y misioneros trataban de explicar a su manera; Humboldt admite la hipótesis, todavía en pie, no sin señalar ciertas anomalías inexplicables, de que los ríos negros deben su coloración a materias vegetales. No lejano de ésta era la afirmación que oyó Humboldt a los misioneros españoles: atribuían a las raíces de zarzaparilla la oscura tonalidad de ciertas corrientes.

San Fernando de Atapabo, San Carlos y San Francisco Solano, constituían las misiones más importantes en el alto Orinoco. El misionero de la primera llevaba el título de Presidente de las Misiones del Orinoco, de él dependían los 26 misioneros que vivían en las márgenes del Orinoco, Negro, Casiquiare, Atapabo y Caura; en último término, él y éstos del guardián del Colegio de Piritu o de la Purísima Concepción de Propanda Fide, de Nueva Barcelona. —La situación favorable de San Fernando, en el punto donde se unen los ríos Orinoco, Guaviare y Atapabo, le recuerda a Humboldt a la de San Luis o Nueva Madrid (Estados Unidos) en la confluencia del Ohio, Misuri y Misisipí. Su

población, 266 habitantes, cultivaba el cacao y se alimentaba principalmente con el jugoso y nutritivo fruto de la palmera Pihigua o Pirijao.

A los 26 días de navegar por el Orinoco lo abandonan por la vía acuática del Atapabo, hundida en denso bosque de palmeras y velados sus bancales con enramadas de flotantes raíces. En el lugar donde sus orillas se hacen más abiertas se asentaba una remota misión, cuyo territorio (como el de la misión de Javita) hasta la expedición de Solano se consideraba generalmente como formando parte del Brasil.— En Baltasar, nombre de un cacique indio, llamada por los frailes La Divina Pastora de Baltasar de Atapabo, pasan los viajeros casi un día; la actividad y espíritu emprendedor de su misionero, catalán, se reflejaba claramente en el aspecto de la misión; aquí, ven por primera vez la sustancia llamada dapicho y zapís, no otra cosa que caucho fósil, blanca y esponjosa en su estado natural; por la cocción se ennegrecía, cohesionaba y se transformaba en elástica goma con la que hacían los naturales gigantescas trompetas.

Del río Atapabo pasan al Temi y al Tuamini. En este último se asentaba la misión de San Antonio de Javita (16 habitantes). Cerca de cinco días permanecen en ella aprovechados para estudiar la región, y curarse Humboldt y sus compañeros de una molestia que desde hacía algún tiempo sufrían con intensidad: fuerte picor en los dedos y dorso de la mano. Por el misionero saben se trataba de unos insectos llamados aradores, alojados en los surcos que ellos mismos abrían en la piel humana. La curandera india, médico del pueblo, con la seria pedantería de los hombres de color, confirma el diagnóstico del misionero. Valiéndose de un delgado palillo de dura madera, y calentado, sacaba uno a uno los molestos insectos; la operación era larga y

dolorosa; con Humboldt se prolongó hasta bien entrada la noche. Por fortuna, al día siguiente tuvieron noticia de remedio más radical y nada doloroso; consistía en meter las manos en una infusión de corteza de uzao. En lo sucesivo no se olvidan de llevar en la canoa unas ramitas de esta planta.

Javita, nombre de la misión en que nos encontramos, era el de un indio que al servicio de Portugal, durante unos años, se dedicó a la caza de hombres para venderlos como esclavos (poitos) a los portugueses. Solano, en la tantas veces citada Expedición, consigue apoderarse del famoso indio en el río Temi, y ponerlo al servicio de España. Los portugueses, establecidos en algunos puntos de esta zona, fueron rechazados al bajo Negro, y la misión de San Antonio trasladada muy al norte de las fuentes del Tuamini. Humboldt conoce al indio Javita, a quien debe abundantes noticias, entre otras: que en su juventud (la de Javita) todas las tribus indias comprendidas entre los ríos Orinoco, Negro, Inirida y Yapura, practicaban la antropofagia con los enemigos que caían en sus manos.

Desde San Antonio de Javita al caño de Pimichin (que afluye al Negro) tenía que transportarse por tierra la canoa que hasta ahora habían utilizado los viajeros; 25 indios fueron los encargados de tal empresa, dura y pesada por el tamaño de la embarcación. Humboldt y los suyos no querían ponerse en camino hasta conocer la llegada con bien de la canoa al río Pimichin. El buen misionero Padre Cerezo trataba de templar la incontenida impaciencia de Humboldt. «No os falta nada en esta misión; contáis con bananas y pescado; por la noche no os pican los mosquitos; cuanto más permanezcáis aquí será más probable contemplar este cielo en toda su esplendor; si vuestra canoa se estropea en el viaje terrestre os proporcionaré

otra. Además, lo que me gustaría vivir un par de semanas con *gente blanca y de razón*!—Al término de *gente blanca* se oponía, entonces, en América el de *gente parda* o *pardillos* para designar a la de color, indios o negros.— Por fin tuvo término la intranquilidad de Humboldt; el 5 de mayo él y los suyos se ponen en camino hacia el Puerto de Pimichin. No dejaba de ofrecer sus peligros la travesía por el bosque; aun cuando no comprobaron la existencia de abejas y hormigas venenosas, podían ser atacados por osos carnívoros y culebras de mortal veneno; la picadura de una de éstas, precisamente, costó la vida a uno de los indios encargados de llevar la canoa desde Javita al Puerto de Pimichin.

El caño o río Pimichin, tan ancho como el Sena en París, pero reducido mucho su cauce visible por la vegetación que lo cubre, había de llevar a los viajeros al río Negro, y a cumplir uno de los objetivos principales del viaje: comprobar por propia experiencia la bifurcación del Casiquiare o unión natural entre los ríos Amazonas y Orinoco. La existencia de esta curiosidad hidrográfica no fué descubierta por Humboldt, pero a él se debe la generalización de su conocimiento y una más precisa determinación de la misma.

* * *

Paréntesis.—Arranca del año 1638 la creencia de una natural comunicación entre las cuencas del Amazonas y Orinoco. En el citado año oye Acuña, en la desembocadura del río Negro, que una rama de este río comunicaba con otra gran corriente fluvial en cuya desembocadura se habían establecido los holandeses. El cartógrafo francés Nicolás Sanson recoge e interpreta las palabras de Acuña,

y las lleva a sus mapas; representa la bifurcación entre los dos grandes ríos por medio del Caqueta, bifurcado entre el Orinoco y el Negro (afluente del Amazonas). Este dibujo se repite a menudo en los mapas publicados entre 1656 y 1730. La hipótesis de Sanson cristaliza también en La Condamine; exagerada en cierto modo, pues admite tres bifurcaciones del Caqueta.—Otros geógrafos y viajeros, por el contrario, no tienen tan en cuenta las palabras de Acuña. Guillermo Delisle si en sus primeras cartas admite el trazado hidrográfico de Sanson, en las últimas interpone entre los ríos Negro y Orinoco una cordillera, que imposibilita toda relación entre estas dos corrientes. Cosa análoga suponía ya antes el Padre Fritz, autor de una carta del Amazonas (1690) que sirve de guía a La Condamine en su viaje por este río, como la carta de La Cruz y Caulin cumple el mismo objeto en el de Humboldt y Bonpland por el Orinoco. En aquella, también se interpone una línea continua de alturas entre los dos sistemas fluviales; lo único que admite el Padre Fritz es la proximidad entre una rama del Negro y un afluente del Orinoco, cuya situación, opina Humboldt, corresponde a la del río Caura.—El Padre Gumilla, cerrando los ojos a la evidente realidad, pone decidido empeño en difundir por Europa la creencia de tal aisladora cordillera, que imposibilitaba la unión entre los ríos Negro y Orinoco.—El Padre Caulin, autor de la *Historia corográfica de la Nueva Andalucía y vertientes del río Orinoco*, (pub. en 1779) comenta el que llama error del Padre Gumilla—(*El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*—Madrid 1741)—al suponer la cordillera que admite como un muro continuo, cuando es tan frecuente en ellas la existencia de soluciones de continuidad, en forma de profundos cortes o

valles transversales, aunque vistas a lejanía aparezcan como *contiguas* o indivisas.

He aquí un estado de incertidumbre y duda comparable al que reinó durante muchos años en la hidrografía de África septentrional; sucediéndose unas hipótesis a otras; conviviendo las más contrarias; y así, durante el siglo que se intercala entre el viaje de Acuña y el descubrimiento del Padre Román.

Es probable que los portugueses a caza de esclavos, desde la segunda mitad del siglo xvii, remontando el río Negro y Casiquiare llegan al Gran Río, sin suponer que fuera el Orinoco. Para hacer frente a la inhumana práctica se funda el *campamento volante de la tropa de rescate*, que sigue las acostumbradas rutas de los traficantes y cazadores de esclavos. Excitados por el afán de lucro los indios quipunaves, dirigidos por el cacique Macapu, se disponen a seguir la ruta y práctica de los *cazadores* portugueses. Inquietado por esto el Padre Román, Superior de las misiones españolas, decide salir al encuentro de aquellos indios. El 4 de febrero abandona Carichana; en el punto en que el Orinoco cambia su dirección S.-N. por la de O. a E. encuentra una gran canoa ocupada por gentes vestidas a la europea; eran portugueses, traficantes en carne humana, que reciben no poca sorpresa al saber, de labios del jesuita, se encontraban sobre las aguas del Orinoco. Conducen al Padre Román, por el Casiquiare, al río Negro, donde estaba el campamento volante; pasa allí algún tiempo, hasta la llegada del jesuita portugués Avo-gradi; regresa por el Casiquiare y alto Orinoco a Pararuma, algo al norte de Carichana. Siete meses había invertido en el viaje. Después de la expedición del Padre Román, con todo el valor de un verdadero descubrimiento geográfico, nadie podía dudar de la bifurcación

del Casiquiare; confirmada luego por la Expedición de Iturriaga y Solano.

* * *

A favor de la corriente del Pimichin llegan Humboldt, Bonpland y sus acompañantes al río Negro. Pasan de largo algunas misiones (Maroa, Tomo) para detenerse en la de San Miguel de Davipe, fundada en el año 1775 por el teniente don Francisco Bobadilla. En la pequeña isla de Dapa, cuyos pobladores comían con fruición grandes hormigas o vachacos, pasan una noche. Tres días se detienen en la misión de San Carlos, la más importante de las españolas en el río Negro; como ciudad fronteriza tenía su pequeña guarnición, y estaba protegida por el castillo o fortaleza de San Felipe.

A los 15 kilómetros de San Carlos se encuentra la desembocadura del Casiquiare, alcanzada por Humboldt y los suyos el día 10 de mayo. —Si la exacta determinación astronómica fué cosa que le interesa a Humboldt en todo su viaje, una vez llegado al Casiquiare se convierte en verdadera obsesión; deseoso de dar a conocer al mundo culto la situación exacta de accidente geográfico tan importante. La suerte no favorece al ilustre viajero; el estado del cielo durante su ruta por el Casiquiare le obliga a reducir el número de determinaciones astronómicas. Sin embargo, las que hizo son todavía mantenidas en la mayor parte de los atlas y mapas.

Es bien clara la inexactitud contenida en muchos libros de atribuir a Humboldt el descubrimiento de la bifurcación del Casiquiare; pero también, que esta atribución tiene una base que la justifica: ser Humboldt el que la da a conocer en Europa, y el portador de datos para su representación

más exacta. Divulgar un hecho geográfico no tiene menos valor, a veces más, que descubrirlo. En la Historia de la Geografía no escasean los casos de descubrimientos abortados y eclipsados del todo por la falta de portavoces, y de arriesgados hombres que sigan la ruta de los descubridores.

Duras y difíciles fueron las jornadas de Humboldt y los suyos por la ruta del Casiquiare. Durante 11 días en un medio apenas habitado; inmenso bosque y espacio vacío de hombres se extendía entre las pequeñas misiones de Francisco Solano y Mandavoca. A medida que avanzaban por el Casiquiare se aumentaba el tormento de los mosquitos, y se hacían más indecisas las orillas del río. Por verdadera necesidad pernoctan desde el 14 de mayo hasta el 21 al aire libre; al llegar la noche disponían el campamento de esta manera: en el centro, la *petaca* o caja de cuero con las provisiones; junto a ella, los instrumentos y jaulas de la *menagerie*, cada vez más numerosa con gran desesperación del Padre Zea; alrededor, las hamacas de Humboldt y compañeros de viaje; luego, en círculo más extenso, las de los indios; por último, continuo cinturón de fuego, como muralla infranqueable para los yaguares y otras fieras. A las molestias constantes de los mosquitos, al permanente peligro de ser devorados por los yaguares, se unían los desagradables efectos de las hormigas que caían de los árboles, más notorios cuando los viajeros se dedicaban al descanso sobre las tendidas hamacas. —El día 20 de mayo, penúltimo de la navegación por el Casiquiare, llegan al lugar de la bifurcación, o sitio en que las aguas del río corren en direcciones contrarias, hacia el sur, en busca de Negro, y hacia el norte, en demanda del Orinoco. No pudo determinarse astronómicamente por el estado del firmamento.

Al siguiente día alcanzan de nuevo el Orinoco, a

13 kilómetros y medio de Esmeralda. Mala fama tenía esta ciudad, la más remota misión del Orinoco, pero la seguridad de descansar bajo techado, sin peligro ninguno, atraía a los viajeros. Situada sobre una llanura famosa por sus bananos, y al pie del monte Duida. No tenía misionero; tres o cuatro veces al año venía el de Santa Bárbara, 225 kilómetros aguas abajo del Orinoco, a decir misa, después de un viaje de cuatro días. Un viejo soldado ejercía en ella la doble potestad, civil y religiosa. Allí se encontraban algunos deportados llevando una vida miserable. Se consideraba como lugar de castigo por la escasez de cultivos, por lo alejado de las zonas habitadas y por la terrible abundancia de mosquitos. El destierro a Esmeralda era la terrible amenaza con que fulminaban los Superiores de las misiones a los díscolos o desobedientes hermanos legos. Su nombre recordaba, entonces, el *alboroto de los frailes*, ocurrido en el año 1788. Desde hacía tiempo los franciscanos de la Guyana se habían, de hecho, independizado del Colegio de Piritu, de Nueva Barcelona; descontentos de que el importante cargo de Presidente de las misiones hubiera recaído en Fray Gutiérrez de Aguilera, varios de aquéllos, reunidos en San Fernando de Atabapo, se apoderan del Superior y lo conducen preso a Esmeralda. A punto estuvo de morir Gutiérrez de Aguilera; salvado, por fortuna, por la vuelta en sí de uno de los amotinados que personalmente avisó de lo ocurrido al Colegio de Piritu.

El significativo nombre de Nueva Villa de Esmeralda, obedeció, según Humboldt, al error de considerar como piedras preciosas los abundantes y coloreados cristales de roca aparecidos con frecuencia en el monte Duida. Esto, produce cierta atracción de pobladores y aventureros hacia aquellos lugares, después desertizados. Los indígenas

tenían como principal ocupación acarrear ciertos vegetales empleados para preparar el *curare* del Orinoco, activo veneno y medicamento empleado con éxito para combatir los trastornos gástricos. Orfila en su *Toxicologie générale* considera los principios constitutivos del curare análogos a los del worara, de la Guyana holandesa, ticura, del Amazonas y otro que califica, algo indeterminadamente, con el nombre de *veneno americano*.

En Esmeralda recoge Humboldt buen número de noticias del alto Orinoco, aguas arriba de la ciudad, a las que agrega las más fidedignas, adquiridas por la expedición militar de don Francisco de Bobadilla, de la catarata de Guaharibos. También tiene ocasión de comprobar lo afirmado por el Padre Caulin sobre la pequeña estatura de los guaicos, y color blanco (lo que entendemos por color blanco hablando de características antropológicas) de los guaribos; y de lo armónicas que resultaban las noticias que recibe en Esmeralda, respecto al origen del Orinoco, con las sensatas palabras del Padre Gili: «Don Apolinario Díez fué enviado para buscar las fuentes del Orinoco; al este de Esmeralda encuentra el río sembrado de arrecifes; tuvo que regresar por falta de víveres sin haber oído absolutamente nada de la existencia de un lago en sus fuentes». Cuando Humboldt enseña a los habitantes de Esmeralda las cartas de Surville y La Cruz acógían con risa las fantasías de aquellas representaciones cartográficas: la unión del Orinoco con el Idapa, y el *blanco mar* que aquel cruzaba. A aquellas quimeras las llamaba Humboldt «ficciones de los geógrafos», y los habitantes de Esmeralda «mentiras de por allá». Si Humboldt no remonta hasta su origen el río Orinoco, deshace con su viaje la posibilidad de hablar del *lago Paríme*, errónea creencia hasta su tiempo y creación de la desaprensiva ignorancia.

VIII

El 23 de mayo abandonan alegremente Esmeralda; los viajeros no se sentían enfermos aunque sí cansados y abatidos por la lucha constante contra los mosquitos, la deficiente alimentación y el largo viaje fluvial en incómoda canoa. Muchos días les quedaba por utilizar aquella estrecha embarcación, pero les animaba la esperanza de liberarse, en otro ambiente más favorable, de las incomodidades sin cuento que habían sufrido. Hacen una pequeña desviación en su recto camino aguas abajo del Orinoco, para visitar de nuevo el lugar de la bifurcación del Casiquiare. Avanzan rápidamente por el gran río haciendo sólo las escalas precisas e imprescindibles: misión de Santa Bárbara, 120 habitantes, cerca de la confluencia de los ríos Ventuari y Orinoco, el Padre Francisco Valor había recorrido y estudiado aquél; San Fernando de Atabapo (27 de mayo); Maypures; Atures, donde se despide de Humboldt y demás el simpático y sufrido Padre Zea, sin que su salud hubiera en nada mejorado; Carichana y Uruana.

El último lugar citado, a cuyo frente se encontraba el misionero fray Ramón Bueno, ofrece ocasión a Humboldt de estudiar las costumbres de los indios otomacos pobladores de la misión. Eran de los llamados entonces *indios andantes* (pueblos de la sabana), para distinguirlos de los *indios del monte* más abiertos a la civilización. Mediana fama tenían aquellos indios entre los pobladores indígenas.

No había nada tan asqueroso que no comiera un otomaco; en su omnivorancia la particularidad más notable era la de comer tierra, especialmente en la época de altas aguas, cuando la pesca, principal ocupación de los otomacos, se hacía difícil. El pequeño pueblo de Uruana era más difícil de regir que otras misiones por el carácter inquieto y levantisco de aquellos indios, no sólo aficionados al vino de palma y bebidas extraídas de la manioca y maíz, sino también a los *polvos del demonio* (Gumilla) o de niopo (nupa, nopo), que *emborracha por las narices*.

Pocos días emplean en salvar la distancia entre Uruana y la capital de la Guyana española; pasan por miserables lugares calificados de villas: Caicara, Alta Gracia, Ciudad de la Piedra, Real Corona, Borbón y por la misión de Cabruta, fundada por el jesuita Rotella en el año 1740, como el más avanzado puesto contra los caribes; y determinan exactamente la posición de los accidentes más importantes del Orinoco.

Después de navegar 75 días por los ríos Apure, Orinoco, Atabapo, Negro y Casiquiare, y de moverse en un medio casi deshabitado, asiento de toda clase de incomodidades y desasosiegos, calcúlese cómo se levantaría el espíritu de los viajeros al contemplar la importante ciudad de Angostura (6.000 habitantes), y tomar posesión del cómodo albergue que don Felipe Inciarte, gobernador de la provincia de Guyana, les había preparado!!— Los primeros días se ocupa Bonpland en estudiar las plantas recogidas y salvadas de los efectos de la gran humedad; Humboldt, en determinar la longitud y latitud, y en observaciones magnéticas. Unos y otros trabajos fueron interrumpidos por causa de malignas fiebres, que atacan a los dos estudiosos y al único servidor que habían traído de Cumana. En Bonpland constituyen una grave enfermedad, que estuvo a

punto de costarle la vida. En aquellos aciagos días Humboldt recordaba con terror la triste suerte del botánico Löffling, discípulo de Linneo, víctima, en las márgenes del Caroni, no lejos de Angostura, de su celo científico; y más amargamente mordía su alma la consideración de haber impuesto su voluntad en el camino escogido, en lugar de pasar un par de meses en el saludable clima de la Sierra Nevada de Mérida.

Durante su permanencia en Angostura adquiere Humboldt detalladas noticias de la Guyana y delta del Orinoco, que con otras referentes a *El Dorado* incorpora en la Relación del viaje.

Sobre el nombre oficial de la ciudad: Santo Tomé de la Guyana, prevalecía el citado antes, como derivado de una permanente circunstancia geográfica: el asentarse sobre un estrechamiento del río. Desde fines del siglo XVI habían llevado sucesivamente el nombre de Santo Tomé de la Guyana tres ciudades enclavadas en esta región. La primera, junto a la confluencia del Caroni y Orinoco, fué destruida por los holandeses al mando del capitán Janson en el año 1579; la segunda, fundada en 1591 por Antonio de Barrio, a 54 kilómetros al E. de la desembocadura del Caroni, resiste valientemente las embestidas de sir Walter Raleigh, el llamado por los españoles el corsario Real; la tercera, establecida por el gobernador don Joaquín Morano de Mendoza en 1764, ocupa el emplazamiento de la actual Ciudad de Bolívar, a unos 244 kilómetros al O. de la desembocadura del Caroni. Para individualizar bien las dos últimas ciudades se les llamaba, en los documentos de la época, Los Castillos de la Antigua Guyana y Santo Tomé de la Nueva Guyana, respectivamente.— Famosa y conocida era la última ciudad como emporio de la quina del Caroni, o corteza o cascarilla de Angostura; su

explotación la monopolizaban las misiones de los capuchinos catalanes extendidas entre el río Caroni y el delta del Orinoco. Vivo contraste el de estas misiones, con Villa Upata como capital, con las miserables franciscanas emplazadas en el alto Orinoco, Atabapo, Casiquiare y Negro que Humboldt había visitado.

A mediados de julio abandonan Angostura, y en demanda de las costas del mar Caribe atraviesan los llanos de Maturino. La mayor parte de su población pertenecía a las misiones caribes, regidas por dependientes del Colegio de Piritu (Colegio de la Purísima Concepción de Propaganda Fide) de Nueva Barcelona; sucesivamente visitan en esta dura travesía, más molesta que por el calor, ya que estaban acostumbrados a elevadas temperaturas, por los secos y fuertes vientos que agrietaban dolorosamente su piel: Nuestra Señora del Socorro del Cari, 500 habitantes, fundada en 1761; Concepción del Pao, del año 1744, y Santa Cruz de Cachipo, del 1749, poblada con varias familias caribes que vivían hasta entonces en las insanas márgenes de las Lagunetas de Anache, frente a la unión de los ríos Purnay y Orinoco.

El 23 de julio llegan a Nueva Barcelona; ocupan la mansión del comerciante don Pedro Lavie, de origen francés. Contaba con 16.000 habitantes; la había fundado el catalán Juan Urpin en 1637, a base de algunos indios de San Cristóbal de Cumanagotos (Lucas Faxardo 1588) y un buen núcleo de catalanes. En el lapso de algunos años los dos núcleos de población, distanciados unos 9 kilómetros, viven en tenaz hostilidad; para remediar este estado de cosas el gobernador Angulo, 1671, las reúne en una tercera fundación localizada en la actual Barcelona venezolana.—En una corta expedición que hacen desde aquí los viajeros al lugar de Aguas Calientes, en la falda

del Bergantín, la cabalgadura de Humboldt, hermoso corcel de su huésped, es muerto por los cocodrilos al vadear el río Nagigual; los viajeros, prevenidos contra este peligro atraviesan el río por un puente natural formado por dos grandes troncos de árboles.

Impelidos por la urgencia de llegar a Cumana para embarcar en la primera ocasión hacia Vera Cruz, ajustan, el 26 de agosto, el pasaje en una canoa o lancha cargada de cacao, con destino a la isla Trinidad. Más he aquí, que en el estrecho canal entre tierra firme y los islotes Borracha y Chimanas, se ven sorprendidos y capturados por una nave corsaria. Apenas se habían repuesto del susto cuando aparece una salvadora corbetá inglesa: la carga de cacao se liberta de ladronas manos, y Humboldt pasa la noche en la embarcación británica, gozando de la mayor solicitud y deferencia de su capitán.

Cumana recibe a sus ya conocidos huéspedes con la mayor alegría; era rumor corriente que Humboldt había perecido en la arriesgada excursión, y la sorpresa de verlo otra vez en la acogedora ciudad desborda la alegría de todos sus habitantes, sin distinción de clases sociales. Gran expectación causan los animalitos que consigo traían. Casi seis meses permanecen en la simpática ciudad; el tiempo que les deja libres el descanso y relaciones sociales lo emplean en completar el estudio de la flora local, observaciones astronómicas y meteorológicas, y en breves excursiones científicas por el golfo de Cariaco y península de Araya.

El 16 de noviembre se despiden definitivamente de los cumaneses; diez días más tarde embarcan en Nueva Barcelona, para anclar en el puerto de Habana el 19 de diciembre.

Poco menos de año y medio dura la primera etapa del

viaje por América de A. de Humboldt y Bonpland. En las páginas anteriores procuré seguir su marcha sin adentrarme mucho en las variadas facetas de sus sabias digresiones. Son tales y de tal valor que la traducción a nuestro idioma del *Reise in die Aequinoktial-Gegende* (Hauff) lo haría libro popular del público hispano. Ponderar el valor y contenido de un libro por su título puede ser tan engañoso como deducir de la latitud de un lugar su régimen térmico. En uno y otro caso hay anomalías positivas y negativas: libros que llevan al curioso lector por caminos insospechados; otros, en que su principal interés es el título. Importante labor del dedicado a la enseñanza es prevenir a los alumnos de sorpresas y desilusiones; precaverles contra las fanfarriosas bambalinas de algunos libros, y despertarles el deseo de saborear el abundante maná científico que fluye de otros. El de Humboldt-Hauff es y vale mucho más que lo expresado por su simple título; es un libro de exageradas *anomalías positivas*; es el libro de un sabio que a pretexto de ilustrar sobre los incidentes de una exploración interesante y penosa, entera de multitud de cosas y problemas, no circunscritos al país que recorre sino de orden general y extraordinariamente científicos.



al capitán francés en su periplo. Además se le ofrecía ocasión de cumplir la palabra dada: unirse a Baudin en el puerto ecuatoriano de Guayaquil. El 8 de marzo abandonan Cuba con rumbo a Cartagena de Indias. Ya en Quito se entera de lo equivocado de aquellos rumores, y del verdadero camino seguido por Nicolás Baudin.

* * *

El delicado estado de salud de Bonpland, detiene a los viajeros más de un mes en Cartagena de Indias. Ocasión tuvo Humboldt de contemplar y estudiar los *volcancitos* de Turbaco, no lejos de aquel puerto; contaban los indios, que el fuego que en este terreno ardía otras veces quedó extinguido por las frecuentes aspersiones de agua bendita, que derramó allí un cura de aldea, conocido por su gran piedad; por este medio trocóse en volcán de agua el que había sido de fuego. Corresponde a Humboldt la primacía de su conocimiento y estudio. Según su descripción, son 18 ó 20 pequeños conos, de 8 a 10 metros, y que presentan en su cima una abertura llena de agua, de la que se desprenden con frecuencia emersiones de aire.—(*Sitios de las cordilleras*, etc.).

Embarcan en Barranquilla sobre el río Magdalena, mecidos por sus abundantes aguas las remontan hasta Honda. Penetran en la meseta de Bogotá atravesando la Cordillera Oriental de Colombia por el valle de Funza, escenario del Salto de Tequendama, que «reúne cuanto pide un sitio para ser eminentemente pintoresco».—El sabio viajero asigna a la citada meseta la altura de 2277 metros, y la compara con el valle de Méjico. Asiento en otro tiempo de un lago desaguado por el río Funza. La recorre en breves excursiones sin olvidarse de visitar las salinas de Zipaquira.

IX

El viaje de Humboldt por Venezuela y río Orinoco, no es más que una parte de su empresa americana. Para que el lector se forme idea de su magnitud quiero seguirle, aunque sea muy rápidamente, hasta que abandona el suelo del Nuevo Mundo.

El puerto de Habana se abre a la vista de los sabios viajeros el 19 de noviembre de 1800. Desde el primer momento perciben el progreso y resurrección material y moral de la «Perla de las Antillas». Ejercía a la sazón el poder supremo don Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos, a cuyo mandato (1799-1812) tanto debe la hermosa isla antillana. Para la exploración y recorrido de ella siempre encuentran el apoyo y máximas facilidades en sus hospitalarios habitantes. Visitan las costas para determinaciones astronómicas; con igual fin las islas llamadas «Jardines del Rey»; al norte de este lugar, la bahía de Jagua con sus manantiales de agua dulce en medio de las saladas olas, fenómeno observado por un amigo de Humboldt, Francisco Lamaur, y que el sabio menciona por vez primera.—(*Cuadros*. L. II. Cap. I. Nota).

Estando en Habana tiene noticia Humboldt que Baudin, con sus corbetas «El Geógrafo» y «El Naturalista», había escogido la ruta del cabo de Hornos. Saberlo y cambiar de plan fué todo uno. La exploración del Misisipí, ya planeada, se olvida ante la sugestiva idea de acompañar

Según una carta de Humboldt a don José Clavijo —(Popayan 25 noviembre 1801. Publicada en el *Boletín de Ciencias Naturales*. T. I)—su viaje a la capital neogranadina, Santa Fé, tenía como primordial fin visitar al sabio naturalista don José Celestino Mutis, venerable figura de la Ciencia española. Desde hacía años se ocupaba en componer una monumental «Flora de Nueva Granada», de la que se conservan inéditas en el Archivo del Jardín Botánico de Madrid 6717 maravillosas láminas. En el presente, varias Sociedades sabias han conmemorado el segundo centenario de su nacimiento, y más solemnemente que ninguna la Sociedad de Ciencias Naturales de Bogotá. Humboldt, le llamaba el «patriarca de los botánicos»; su correspondencia llena está de frases de admiración hacia Mutis; un retrato de Mutis y entusiasta dedicatoria encabeza una de las obras de la serie americana. Dos cosas principalmente admiraban a Humboldt: el carácter manso y generoso del sabio, y la Biblioteca de Ciencias Naturales que había llegado a formar en Bogotá. De la generosidad de Mutis tuvo prueba palpable: le obsequió con más de un centenar de preciosas láminas. Rico tesoro que Humboldt dona al Instituto Nacional de Francia, ya que no podía caer en mejores manos que las de Jussieu, Lamarck y Desfontaines.

La ciudad de Santa Fé recibe en triunfo a Humboldt y Bonpland; más de sesenta personas a caballo salen a recibirles; se alojan en una casa próxima a la que vivía el venerable naturalista. Como en otras ciudades americanas un círculo de afectuosos y buenos amigos rodea a los viajeros; fueron en Santa Fé las familias de los Lozanos, Portocarrero, Isla, Escullon, Rizo y otras.

Por la menudeada correspondencia que sostiene el

sabio alemán con el español, conocemos a detalle la ruta de aquél en el lapso de tiempo que inmediatamente sigue a su despedida de Santa Fé. Atraviesan la Cordillera Oriental por las montañas de Tusagasuga, las molestias del camino se agravan por fuertes aguaceros, y por el valle de Suma Paz. Sobre este río tiene ocasión de contemplar los dos puentes naturales de Icononzo o Pandi, en uno de ellos hacen experimentos sobre la caída de los cuerpos. Para trasladarse del valle del Magdalena al del Cauca prefieren al paso más frecuentado entonces: páramo de Guanaca, el de Quindio. Aquí, les recomendaba Mutis el reconocimiento de una veta de cinabrio descubierta por «mi mayordomo Gutiérrez».—(A. Federico Gredilla: *Biografía de José Celestino Mutis*.—Madrid, 1911).—Antes, hacen escala en Contreras e Ibagué. La segunda, les proporciona ocasión de observar, en inmejorables condiciones, un eclipse de luna. La travesía del Quindio tiene lugar en el mes de octubre; a pie, y seguidos de doce bueyes que llevaban instrumentos y colecciones. «Pasa el sendero por un país montañoso poblado de cañas de bambú, y los pinchos de las raíces de estas gigantescas gramíneas destruyeron nuestro calzado; de suerte que tuvimos necesidad de marchar descalzos como todo viajero que se encuentre en nuestra situación y no gusta de que le lleven a hombros de otros».—(*Sitios*, etc.). Los últimos días de este paso se hicieron más penosos en razón a los continuos chaparrones. Descendiendo por el hermoso valle del Cauca llegan al volcán Purace, cuya cumbre escalan; visitan la aldea del mismo nombre, atravesada por el río Pusambio, o río Vinagre de los españoles, la acidez de sus aguas se opone a la vida y durante cuatro leguas comunica esta propiedad al río Cauca.—(*Sitios*, etc., Cap. IV). Amplio y bien merecido descanso les ofrece la ciudad de Popayan donde

don Francisco Diago se interesa en hacerles agradable la estancia.

* * *

El ingrato país entre Popayan y Quito fué reconocido rápidamente en largas y difíciles jornadas, sobre todo los llamados páramos del Pasto. Ya en el suelo de la actual república del Ecuador descansan algo en la pequeña ciudad de Ibarra.

Algo totalmente independiente de las sugerencias que a los ilustres viajeros obligaban a suspender su marcha, me obliga a detenerme en la última ciudad mencionada. Don Francisco José de Caldas, popayanés y discípulo de Mutis, cegado por el deseo de conocer cuanto antes a Humboldt, abandona su residencia oficial, Quito, para salir al encuentro del sabio viajero. Consigue su propósito en las proximidades de Ibarra; con respeto casi religioso estrecha su mano y comienza sus confidencias. Algunos días goza de las enseñanzas de Humboldt, que al decir de Caldas le descubren un mundo nuevo. ¡Con qué emoción escucha al joven prusiano, «superior a cuantos elogios se puedan hacer», repetidas alabanzas de sus observaciones astronómicas y representaciones cartográficas. ¡Le enseñé mi Carta de Simana y otro trozo que levanté en 1796 de Tocayma a Neyra: de modo que unidos estos materiales a los del Barón, tenemos ya una carta de todo el Magdalena. ¡Qué honor para mí el ver mis primeros trabajos al lado de los de un hombre grande!»—(Carta de Caldas. Publicada por Gredilla. Obra citada) —. Caldas, ansioso de saber, concibe el proyecto de acompañar al joven extranjero en su exploración por los países americanos; necesitaba para ello dos cosas: medios materiales

y la autorización de Humboldt. En demanda de lo primero y de recomendación para conseguir el deseado permiso, acude a su caro maestro. No inútilmente; en efecto, el 3 de abril recibe de Mutis un libramiento y una carta, notificándole que ya Humboldt conocía el asunto y animándole con la más halagüeñas esperanzas. Con emoción y alegría fuera de límites, acude a la lujosa mansión que ocupa Humboldt en Quito; es recibido friamente por el sabio que se hace el sorprendido de la intención de Caldas, como si de ella nada supiera; por fin, en el curso de la conversación, arroja la máscara de la hipocresía con estas palabras: «Mi amigo, yo le he mentado a usted; el señor Mutis me habla a la larga del asunto, pero yo he resuelto viajar solo, no quería dar a usted esta pesadumbre».—(Gredilla. Obra citada)—. Incomprensible parece esta conducta de Humboldt, tan abierto con todos y dispuesto siempre a admitir nuevos compañeros de viaje. Más seguro que lanzarnos a hipotéticas suspicacias, es aceptar, como Caldas, la explicación de tal negativa por el temor de choques entre caracteres tan opuestos. La personalidad de Humboldt, toda viveza, inquietud, locuaz, amante de la diversión y de la sociedad, no podía maridar bien con el carácter austero, tranquilo, triste y taciturno del buen Caldas. En este caso Humboldt se curó en salud, como vulgarmente se dice; enfría sus relaciones con Mutis, suspendiendo su correspondencia con el paciente, humilde y desairado gaditano. La bonhomía de Mutis la expresan palpablemente estas líneas, de una carta que dirige a Humboldt desde Santa Fé, 21 de mayo de 1802: «¿Una propuesta hecha con la mayor sinceridad y franqueza, será capaz de alterar nuestra constante amistad? Rompa usted, pues, su silencio, y como si tal cosa no hubiera pasado, continúe usted correspondiendo a su amado amigo». (Gredilla. Obra citada).

Medio año permanecen en la capital del Ecuador; magníficamente instalados gracias al interés del marqués de Selva Alegre (Juan Pío Montufar). Tanto Humboldt como Bonpland cultivan íntima amistad con los miembros de la nobleza criolla de Quito; uno de ellos, Carlos Montufar, hijo del citado título, de tal modo se identifica con la curiosidad de sus huéspedes que se une a ellos en sus futuras expediciones por América. Don Vicente Aguirre hizo posar al sabio ante un pintor indígena, en su casa de campo de Chillo.

Con la vida de sociedad comparten, como siempre, su interés por la Ciencia. Recorren la provincia en repetidas excursiones y escalan los volcanes de Antisana, Pichincha, Ilinisa, Tunguragua y Cotopaxi. De la explosión de este último, en el año 1803, casi fueron testigos. «A 52 leguas de allí, en el puerto de Guayaquil estuvimos oyendo noche y día los espantosos ruidos del volcán, que aún distinguimos en el Mar del Sur al sodoeste de la isla de la Puna».— La ascensión de más empeño fué la del Chimborazo, emprendida después de abandonar, el 9 de junio, definitivamente la ciudad de Quito. Llegaron a la altura de 5878'3 metros, punto «el más alto de todos cuantos han visitado los hombres en las cimas de las montañas; es superior en 1.100 metros, al Mont-Blanc, sitio a que llegó Saussurre, el más sabio e intrépido de los viajeros, luchando con mayores dificultades de las que nosotros habíamos vencido hasta dominar aquella parte del Chimborazo».

Por Riobamba, páramo de Assuay, Cuenca y Loja se encaminan hacia la alta Amazonia, interesados en estudiar los bosques de quina de universal renombre.

* * *

Un mes permanecieron en la provincia de Jaén de Bracamoros y en los pongos del Amazonas, ya en tierras de la actual república de Perú. Camino de Lima visitan la montaña de plata de Hualgayoc, cuyas crestas le recuerdan el Montserrat de Cataluña «que tuve ocasión de visitar y que después mi hermano describió brillantemente».—(*Cuadros*). Esta montaña es el punto principal de las minas de plata de Chota. Entre Miacipampa y Cajamarca atraviesan por difíciles caminos, hasta para los mulos, una serie de páramos castigados con frecuencia por tempestades violentas y angulosas granizadas.

Cinco días permanecen en la capital del inca Atahualpa, a la sazón de 6 a 7.000 habitantes y centro de un valle fertilísimo. No falta la excursión a los baños calientes de Pultamarca, o *Baños del Inca*, manantial sulfuroso de 52°2 de temperatura, donde pasaba Atahualpa parte del año. Entre las tristes ruinas del pasado esplendor de Cajamarca encuentra Humboldt la familia de Astorpilco, descendientes del último emperador inca, que vivía casi en extrema pobreza. El hijo del cacique Astorpilco, «agradable muchacho de 17 años, guió al sabio por las ruinas de su patria y del palacio de sus antepasados; había poblado su imaginación de seductoras imágenes y le hablaba con seguridad de jardines subterráneos, bajo las ruinas, llenos de inmensos tesoros. Puesto que tú y tus parientes, creéis tan firmemente en la existencia de tales jardines, no intentáis alguna vez, preguntaba yo al joven Astorpilco, buscar, desenterrando tesoros que tan próximos tenéis, un remedio a vnestra pobreza? Fué tan sencilla la contestación del

muchacho, y expresaba tan bien la resignación tranquila, que es uno de los caracteres de su raza, que la puse en español en mi Diario: No nos da tal antojo; dice mi padre que fuese pecado. Si tuviéramos las ramas de oro con todos sus frutos de oro, nos aborrecerían los blancos nuestros vecinos y nos harían mal. Tenemos tierra y buen trigo».—(*Cuadros*. Lib. XII, Cap. I).

Retardaron algo la salida de Cajamarca por la necesidad de buscar buen número de mulos para transportar los equipajes y colecciones de los viajeros, y de elegir cuidadosamente los guías que habían de conducirles, a través de la cadena andina, hasta la entrada de los desiertos litorales del Perú. Por el valle de la Magdalena, «uno de los más profundos que conozco en la cadena de los Andes» (*Cuadros*. VII-I) llegan al Alto de Huangamarca; allí contemplan por primera vez, después de dieciocho meses de andar entre montañas, el océano Pacífico. Irresistible era el ansia de Humboldt por divisar el mar del Sur; desde la cima del Pichincha lo adivina, pero no lo ve; lo mismo le sucede en el páramo de Gaumani; sin cesar los guías le prometían a cada momento la satisfacción de sus deseos; tantas decepciones aumentaban la impaciencia, en la que entraba por algo el interés con que desde niño había escuchado el relato de la expedición de Vasco Núñez de Balboa. «Compréndese que la vista del mar del Sur haya tenido algo de solemne para un hombre que debe a su trato con un compañero del capitán Cook, una parte de su saber y la dirección, desde luego, a su curiosidad». (*Cuadros*. VII-I).

Tras una breve detención en Trujillo, para determinar su situación y comprobar los cronómetros, caminando por una parte de los grandes desiertos peruanos, llegaron a Lima. En esta ciudad y su puerto permanecen cinco

semanas. En circunstancias favorabilísimas contempla Humboldt, el 5 de noviembre, y en Callao, el paso de Mercurio por el Sol, fenómeno de tan gran valor para la exacta determinación geográfica de lugares. También en Callao conoce el guano y su empleo; corresponde al sabio prusiano el mérito de enseñar a Europa las propiedades fertilizantes de aquella materia, que tanto generalizaron su uso.

El 9 de noviembre de 1802 embarcan en el puerto de Lima para Guayaquil. Quince días permanecen aquí, haciendo en ellos una expedición a los casi impenetrables bosques de Barbajos.

De nuevo embarca, para llegar a Acapulco el 23 de marzo de 1805.

Más de un año dura la estancia de Humboldt y Bonplan en el virreinato de Nueva España. Sin abandonar las actividades que le habían ocupado hasta ahora en la América hispana, antepuso a ellas otra que forma la médula de una de las obras más conocidas y populares de Humboldt.

Extrañado ante el contraste entre la prosperidad y cultura de Méjico y el poco adelanto de las otras colonias españolas, se dedica con todo esfuerzo en recoger datos y noticias para explicar aquella desarmonía. Aprovechado de su situación ventajosa, de huésped a quien se abren todas las puertas y a quien no se escamotea informaciones de ninguna clase, consigue con el rico arsenal de datos acumulados plasmar con mano maestra las situaciones social, económica y política de Méjico.

Además, no pierde ocasión de conocer y observar las

ruinas del pasado, completando posteriormente sus notas en Europa con el estudio de otros monumentos arqueológicos. Desde que vió el famoso *calendario azteca*, la cronología mejicana le interesa en grado sumo; lamenta no «conocer suficientemente el mejicano para leer las obras que los indígenas han escrito en su propia lengua, inmediatamente después de la toma de Tenochtitlan, utilizando el alfabeto romano.—(*Sitios de las cordilleras*, etc.).

Determina la situación de 33 lugares, para el más exacto trazado de las Cartas de Méjico. Estudia la constitución geológica del país, y escala alguno de sus volcanes. No hizo lo mismo con respecto a los dos que dan fisonomía tan especial a la meseta de Tenochtitlan, pero los mide trigonométricamente dándoles mayor altura de la que se les asignaba hasta entonces.

En Méjico, como en todos los países de habla española, encuentra el sabio favorecida su tarea por la cooperación que le prestan buenos amigos y los hombres de Gobierno: el virrey Iturrigaray, que pone a su disposición toda clase de documentos oficiales; el arzobispo de Méjico, Francisco Javier de Lizama, que le proporciona datos interesantes sobre el movimiento de población del virreinato; D'Elhuyar, director del *Real Seminario de Minería*; Andrés Manuel del Río, ilustre profesor de Mineralogía, cicerone del sabio en ocasiones mil, y de quien recibe el regalo de un hacha cubierta de jeroglíficos aztecas; Luis Martín, a quien debe noticias y dibujos sobre las ruinas de Mitla..... La ciudad de Méjico deja recuerdo imborrable en el corazón de Humboldt; allí encuentra, según sus palabras, a la mujer más hermosa del mundo, mujer que le produjo una pasión honda, no pasajera como Rosita Montufar en Quito, y de la que siempre se acordó con verdadera vehemencia. Su amor no pudo ser correspondido, la «señora Rodríguez»

era casada y madre de dos hijos. De esta tragedia sentimental de Humboldt hay noticia por unas deliciosas memorias de la señora Calderón de la Barca, esposa de un embajador de España en Méjico.

Un trabajo de Ernesto Wittich —(*Viajes de Humboldt en Méjico*)— que forma parte de la *Memoria* científica redactada con motivo de la inauguración de la estatua de A. de Humboldt, donada por Guillermo II a la nación mejicana al celebrar el primer centenario de su independencia (México 1910) trata con toda seguridad de los itinerarios seguidos por el sabio en Nueva España. Fueron así:

De Acapulco a Méjico siguen una ruta señalada, entre otros, por los lugares de Chilpancingo, Mexcala, Taxco y Cuernavaca. El río Mexcala o Balsas lo atraviesan a la antigua usanza del país, sobre una armadía formada de frutos secos de calabazas ligadas por redes. En Taxco, visitan sus minas conocidas como las de más antigua explotación de Méjico.

Desde la antigua capital de los aztecas organizan Humboldt y sus socios dos importantes excursiones; una, al distrito minero de Pachuca; otra, mucho más larga, a las minas de Guanajato y al volcán Jorullo. Camino de Guanajato pasan por Tula y Quétaro. Guanajato fué el centro de muchas pequeñas expediciones: como a las fuentes brotantes de Comanjillas, «Geyser de Humboldt» se llama al manantial mayor; y a San Juan de la Chica, punto el más norteño alcanzado por Humboldt en sus expediciones por Méjico. Por Valle de Santiago y Morelia, entonces llamada Valladolid, llegan al Jorullo, cuya cima alcanzan el 19 de septiembre. De vuelta hacia la ciudad de Méjico siguen, a partir de Morelia, un itinerario más meridional lo que les permite visitar la ciudad de Toluca y ascender a la cúspide del Nevado o volcán extinto del mismo nombre.

En 20 de enero Humboldt y Bonpland abandonan definitivamente la ciudad de Méjico; camino de Vera Cruz hacen escala en La Puebla, desde donde visitan la célebre pirámide de Cholula, y desde el llano de Tetimba miden trigonométricamente las alturas del Popocatepetl e Ixtacihualtl; escalan el Cofre de Perote. De Jalapa a Vera Cruz siguen la ruta sobre la que ahora se asienta el ferrocarril interoceánico.

En el puerto de Vera Cruz se había declarado la peste amarilla; como «no quería terminar su viaje con una tragedia», dice Humboldt a Willdenow, lo abandonaron muy pronto. Se embarca el 7 de marzo de 1804 en la fragata española «La O» para Habana. La segunda estancia de Humboldt en Cuba dura casi dos meses, en los que completa los datos para el «Ensayo» sobre la isla, contenido en la Relación Histórica.

Después de una navegación difícil llegan Humboldt, Bonpland y Montufar, felizmente, a Filadelfia. El presidente de los Estados Unidos, Jefferson, les hizo objeto de toda clase de miramientos y atenciones. En Delaware se embarcan para Europa; alcanzan el puerto de Burdeos el 1.º de agosto de 1804.

Muy pronto se difunde por nuestro continente la noticia del feliz arribo. Doblemente festejada porque se había publicado en algún periódico esta fatal: «El célebre viajero Herr Humboldt falleció de fiebre amarilla en el puerto de Acapulco».

X

Como complemento a todo lo dicho, hay que agregar la lista de obras derivadas de los viajes de Humboldt y Bonpland por América.

Dar a conocer al mundo el incalculable tesoro de datos y noticias recogidas, fué la obsesión de Humboldt tan pronto como se encontró en Europa.

Una deuda de gratitud tenía con su patria, que le había hecho objeto de las mayores distinciones y honores; la pagó estableciéndose en Berlín (16 noviembre 1805) y honrando a la Real Academia de Ciencias Naturales con magistrales lecciones; en algunas, ofrenda al público alemán verdaderas primicias de sus impresiones de América. El bien templado patriotismo de Humboldt dió solemne mentís a los que insidiosamente le acusaban de demasiado *españolizado*, de poco ágil o torpe para batir la pluma en su idioma patrio, con la publicación de *Ansichten der Natur*. (Stuttgart y Tubingen, 1808) Colección de monografías, algunas expuestas verbalmente en la Academia, de valor inmortal, sobre todo la primera, «Estepas y desiertos»; otras, como las «Cataratas de Atures y Maypures» y «La meseta de Cajamarca», semblanzas de ciertas jornadas de las expediciones por América. Humboldt estimaba esta obra como su libro favorito. En el mismo año de su publicación en Alemania se tradujo al francés por Eyriés; en posteriores, al inglés, holandés y

ruso. La traducción al español se debe a Bernardo Giner. (*Cuadros de la Naturaleza*, Madrid, 1876).

Para templar un poco las duras condiciones de la paz de Tilsit, decide Alemania entablar negociaciones con el vencedor Napoleón I; con esta importante misión va a París el príncipe Guillermo de Prusia; Alejandro de Humboldt le acompaña como agregado. La misión diplomática concluye, con resultado negativo, en otoño de 1809; vuelve a Berlín el príncipe, pero Humboldt queda en París, no sin autorización de su rey. La resolución del sabio obedece a estas dos causas: era más fácil en París reunir los colaboradores necesarios para dar a luz la obra que proyectaba, y la capital francesa ofrecía mayores medios en el arte de imprimir que cualquiera otra ciudad alemana.

En París, en el transcurso de varios años, se publican las obras de la «serie americana», donde cristalizan las innumerables adquisiciones científicas y emotivas del viaje de Humboldt y Bonpland por América española. Forman un conjunto de 30 volúmenes, 20 en folio y 10 en cuarto. Tiene como título general esta gran edición: *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804 por Alexander de Humboldt et Aimé Bonpland, redigé par A. de Humboldt.

Los volúmenes I a XIV, tratan de la descripción de todas las plantas recogidas por los viajeros en su larga peregrinación científica. Fué proyecto de Humboldt se encargara su compañero de viaje de la redacción de todos aquellos volúmenes de Botánica Descriptiva; pero... Bonpland se mostró más activo herborizando que escribiendo. Ante su poca diligencia, hubo que acudir a la pluma y saber de C. S. Kunth y Willdenow. El volumen I lleva, como dijimos, el retrato de Celestino Mutis y una sentida dedicatoria al famoso gaditano.

Volúmenes XV y XVI.—*Atlas pittoresque du voyage, también conocidos por el título: Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*.— 2 volúmenes, París, 1810. El principal valor de esta obra estriba en las 63 láminas de su segundo volumen, con su texto correspondiente. Es una serie de monografías ilustradas a base, en muchos casos, de dibujos hechos por Humboldt. Unas y otros se refieren a Méjico, Colombia, Ecuador y Perú. La traducción española de Bernardo Giner (Madrid, 1888) contiene no más unas cuantas, con malos y pocos grabados, de las que integran el original.

Volumen XVII.—*Atlas géographique et physique du Nouveau Continent fondé sur des observations astronomiques, de mesures trigonométriques et des nivellements barométriques*, par Alexandre de Humboldt et Bonpland, París, 1814.—Complemento gráfico del viaje de Humboldt y Bonpland; colección de perfiles, mapas y gráficos de sumo interés; Atlas encaminado a fijar las noticias y sabias lecciones de Geografía física de la Relación Histórica. Entre sus mapas figura la Carta del río Magdalena, desde sus fuentes hasta el 4° de latitud, de F. J. de Caldas. Las últimas cartas (33 a 40) son de interés para conocer el desarrollo de la Cartografía americana, ilustradas por Walckenaer. Entre ellas, el mapa de Juan de la Cosa. Fueron publicadas en el Atlas después de salir a luz el

Volumen XVIII.—*Examen critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent, et des progrès de l'Astronomie nautique aux XV^e et XVI^e siècles*. París, 1814-1834. Obra dedicada al famoso físico, químico y astrónomo Arago; quien, sobre ella, decía a su autor: «Humboldt, no sabes cómo se hace un libro; escribes sin fin; pero esto no es un libro, sino un retrato sin marco». Es una investigación histórica, extracto de un trabajo al

que dedicó durante 30 años, y con la mayor predilección, todos los momentos libres de apremiantes tareas. Trata sucesivamente: de las causas que prepararon y produjeron el descubrimiento del Nuevo Mundo; de algunos hechos relativos a Colón y a Américo Vespucio, como también de las fechas de los descubrimientos geográficos; de los primeros mapas del Nuevo Mundo y de la época en que se propuso el nombre de América; y de los progresos de la Astronomía náutica y del trazado de mapas en los siglos xv y xvi. A tal contenido no corresponde, ni mucho menos, la traducción española de Luis Navarro Calvo (tomo 163 y 165 de la *Biblioteca Clásica*), se trata de una versión de mutilado original sin respetar ni aun el título. En cambio, la traducción alemana de Julio L. Ideler, tiene sobre el original la ventaja de contener índices y registros que facilitan mucho el manejo de la obra.

En una carta a Berghaus hace Humboldt la autocrítica de su obra, y condensa el objeto que con su publicación se proponía: «Es un libro pesado pero hecho científicamente. En él he querido demostrar que los grandes descubrimientos del siglo xv no son otra cosa que un reflejo de más remotas concepciones».

Vol. XIX.—*Atlas géographique et physique du royaume de la Nouvelle-Espagne. Fondé sur des observations astronomiques, des mesures trigonométriques et des nivellements barométriques*, par A. de Humboldt. 20 Cartas. París, 1811.

Vol. XX.—*Géographie des plantes équinoxiales.—Tableau physique des Andes et pays voisins.*—No es otra cosa este volumen que un capítulo inseparable del XXVII, del que luego nos ocuparemos.

Vol. XXI y XXII.—*Recueil d'observations astronomiques, d'opérations trigonométriques et de mesures*

barométriques, faites pendant le cours d'un voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, depuis 1799 jusqu'en 1804, rédigées et calculées d'après les tables les plus exactes, par Jabbo Oltmann; *ouvrage auquel on a joint des recherches historiques sur la position de plusieurs points importants pour les navigateurs et pour les géographes.*—2 vol. París 1808 y siguientes.—Además del interés que tiene toda la obra como arsenal de determinaciones, el volumen segundo es de gran valor porque permite trazar el exacto itinerario de Humboldt y Bonpland por Colombia, Ecuador y Perú, y completa así, en cierto modo, la inacabada «Relación» del viaje.

Vol. XXIII y XXIV.—*Recueil d'observations de Zoologie et d'Anatomie comparée faites dans l'Océan Atlantique, dans l'intérieur du Nouveau Continent et dans la Meer du Sud, pendant les Années 1799-1803.*—París, 1805-33. En la serie de estudios, memorias y experiencias que contiene las hay de Humboldt, y otras, de Cuvier, Latreille y Valenciennes sobre los datos y colecciones zoológicas recogidos por los famosos viajeros. También Gay-Lussac aporta su colaboración en este libro, publicando en él unas experiencias sobre la respiración del hombre y de algunos animales de sangre caliente. (Vol. II).

Vol. XXV y XXVI.—*Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne.*—París, 1811. Tiene como precedente un «Resumen Estadístico» que Humboldt presenta al virrey de Méjico, en 1804, y que merece por parte de éste el más lisonjero juicio. Está dedicada a «su majestad católica Carlos IV, rey de España y de las Indias». Dividido en seis grandes secciones o libros que tratan sucesivamente: consideraciones sobre la extensión y aspecto físico del país, e influencia de las desigualdades del suelo sobre el clima, agricultura, comercio y defensa militar;

la población en general, crecimiento progresivo y división de los habitantes en castas; estadística particular de las intendencias de Méjico, su extensión y población; del estado de la agricultura y minería; de la situación del comercio, de la industria, de la hacienda pública y defensa militar. Es uno de los libros más populares de Humboldt. V. G. Arnao lo tradujo al castellano en dos ediciones; la primera, publicada en París en el año 1822, y la segunda, corregida y aumentada (desfigurada), en 1827.

Vol. XXVII.—*Essai sur la Géographie des plantes.*— París. Año 13. Genial concepción humboldtiana sobre Fitogeografía. El mismo prepara una edición alemana (Tubingen, 1807) dedicada a Goethe.

Vol. XXVIII-XXX.—*Relation historique du Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804, par A. de Humboldt et A. Bonpland.* Réd. par A. de Humboldt. París, 1818-1825. Esta relación se detiene en Cartagena de Indias. El resto del viaje por tierras americanas ocupaba el cuarto volumen, que no se publicó. Parece ser que parte de su contenido vió la luz en obras independientes a la Gran Edición a que nos hemos venido refiriendo, y que esto obliga a Humboldt a indemnizar al editor con 9.500 francos. La traducción alemana de Hauff, fué ofrecida al público alemán poco después del fallecimiento del sabio. Es la que hemos utilizado en el núcleo del presente estudio. Löwenberg—(K. Bruhn: *Alexander von Humboldt*. Leipzig 1872, tomo II)— cita una traducción española (¿?): *Los Estados libres de la América Equinoccial, ilustrados en su historia natural y política, según los viajes del barón A. de Humboldt*, sin lugar ni fecha de su impresión. Ignoro si será esta la edición española que cita Emiliano

Jós (*La expedición de Ursua al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre*. Tesis Doctoral) como existente en la Biblioteca Provincial de Sevilla.

Aparte de la Relación Histórica se publica varias veces en distintos idiomas, un capítulo integrante de la misma: *Essai politique sur l'isle de Cuba*. Traducido al español se publicó en París en el año 1827.

Asombra el considerar que la empresa citada de Humboldt y las obras derivadas de ella, no son más que una parte, pequeña, de la actividad de su vida heroicamente científica. Producto de prodigiosas condiciones de talento en función de extraordinaria fuerza de voluntad. Humboldt-escolar, ya fué maestro en la selección de sus profesores; Humboldt-maestro, sapientísimo, no se desdenea, aun en los postreros días de su vida, en sentirse discípulo de todo hombre que pudiera enseñarle. Para los maestros, es lección viva de sensata humildad; para los escolares, espejo en el que deben mirarse para despreciar la ley del mínimo esfuerzo y anteponer a todo el ansia de cultivar científicamente el espíritu. Por ambas razones abandona la Universidad de Frankfurt, ya «que la Ciencia no tenía su templo en las alegres riberas del Oder».—La trashumacia de Humboldt-escolar, obedece a motivos bien distintos de la casi suicida que es frecuente en los actuales alumnos universitarios.

Tanto por costumbre como por ineludible deber, tengo que notificar en este Acto las principales modificaciones ocurridas durante el pasado Curso en el cuerpo docente de esta Universidad.

Todos los universitarios, y la Facultad de Derecho especialmente, lloramos la pérdida irreparable de don Quintín Palacios Herranz, maestro durante muchos años de aquella Facultad, Decano de la misma y Rector ejerciente en varias y difíciles ocasiones.— Igualmente sensible para este centro docente ha sido el fallecimiento del maestro de histólogos ilustres: don Leopoldo López García; no ha mucho gozaba del merecido descanso de una vida intensa de trabajo e integralmente dedicada a la enseñanza. Por elocuentes que fueran mis palabras no conseguirían plasmar los soberanos méritos del maestro López García; todos los conocéis de sobra; si hay alguno que los ignora, le remito a las entusiastas y sentidas palabras de cualquiera de los discípulos de aquel maestro, honra y gloria de la Universidad vallisoletana.

Poco tiempo gozamos de la colaboración del catedrático don Luis Recasens y Siches, joven de años, maduro por sus méritos y publicaciones. Después de un resonante triunfo ocupó una cátedra del Doctorado de la Facultad de Derecho de Madrid.

En nombre de la Universidad doy la más cordial bienvenida a tres nuevos catedráticos que se disponen a ayudarnos en la difícil misión que nos está encomendada. Don

José Casas Sánchez, y don Emilio Gómez Orbaneja, trasladado de la Universidad de Salamanca, no hace mucho que fueron alumnos y que subieron a este estrado a recibir de manos de la primera autoridad académica el supremo galardón que puede concederse a la inteligencia y aplicación de los escolares. Por lo que fueron podemos deducir lo que serán como docentes de esta Universidad. Igual he de decir de don Félix Monterde Fuertes, cuya juventud y relevantes méritos crean en todos nosotros una fuerte y halagadora esperanza.

* * *

Lugar de honor tienen en estas páginas las pocas palabras que como cariñosa ofrenda dedico a la clase escolar. No serán todo lo agradables que yo quisiera pero acogedlas con benevolencia en gracia a su cordialidad.

Enojosa tarea es para mí recordar vuestra actitud ante próximos pasados acontecimientos, que tan azarosa hicieron la vida académica en el Curso que acaba de terminar. Comentarla circunstancialmente, es sacrificio que está por encima de mis fuerzas; silenciarla de un modo absoluto, es algo, también, de que no me creo capaz ante el temor, os lo confieso, de que podáis creerme indiferente ante el vivo recuerdo de hechos que dejan sedimentos tan amargos en mi alma.

Quiero creer, que aquellos inauditos desmanes de actitud, palabra y hecho son imputables solamente a una pequeña minoría de la masa escolar, cegada de irreflexión y movida por no sé qué quimeras.

Debo creer, por mis años de convivencia con la clase escolar, que a la inmensa mayoría le repugnaban aquellos hechos, frutos no de una rebeldía humana, siempre

respetable, sino de otra clase de rebeldía que no califico.—
¿Pero... cómo no aprovechásteis la fuerza moral del número?—¿Cómo si sois celosos de vuestro buen nombre y del prestigio de esta Escuela pudisteis olvidar vuestro deber moral?—Hay apatías, para el que no os conozca, que tienen todo el aspecto de complicidades.

Al triste espectáculo que forman los empeñados en rebajar la Universidad, poniéndola al servicio de un ideal de ninguna relación con el docente, y de la gran masa espectadora curiosa e indiferente de la actuación de aquéllos, hay que añadir, para que nuestro dolor de universitarios culminara, la extraña conducta de la pequeñísima minoría que por mandato de la ley tiene directa intervención en la vida universitaria. En los momentos en que pudo ser más consoladora nos faltó su ayuda; en cambio, recompensó nuestros desvelos y horas amargas inspirando una ...nota, publicada en la Prensa a mediados de enero del presente año. Tened presente, escolares federativos, que colaborar en la vida universitaria, intervenir en sus Juntas de Gobierno, Claustros y Juntas de Facultad es un honor que lleva consigo ciertas renunciaciones, ciertos sacrificios, y que si no estáis dispuestos a unos y otros, lo leal y lo noble es que renunciéis a aquella representación que una ley demasiado generosa os concedió. De proceder de otra manera corréis el albur del desprestigio, y el riesgo de matar en raíz una feliz iniciativa tan bien recibida por los docentes universitarios.

Queridos estudiantes universitarios de Valladolid: Tengo el deber de preveniros de algo grave; con el mayor dolor os manifiesto que abrigo la sospecha de que vuestra fama se encuentra en entredicho; quizá esto sea sólo infundada alarma, o fantasma, nacida en un pecho, como el mío, que tanto os quiere y que por eso es incapaz de adularos.—

Confío que os moverán a reflexión más que mis pobres palabras el relato de un hecho de que fui testigo: En la primavera del año actual, una excursión de alumnos de Filosofía y Letras de Madrid visitaba este Centro. Me tocó acompañarles, y satisfacer su natural curiosidad de verlo todo. Estábamos en este salón, donde ahora nos encontramos, cuando un joven excursionista al observar ciertas rupturas y desperfectos preguntó a alguien la causa de ellos. ¿Sabéis cómo se produjo al conocerla?: Completó un expresivo gesto de sorpresa e indignación con estas palabras: «claro... se comprende... esta es la Universidad del aprobado general». Todos sabéis el alcance de estas palabras; acaso no podéis suponer el grado de sonrojo y vergüenza que me produjeron. Sin embargo, todo lo doy por bien empleado si ante la gran injusticia que representan, al atribuir a toda una clase la absurda petición de algunos de sus miembros, reaccionáis como es debido, y os disponéis con ardor y valentía moral a recuperar vuestro prestigio y buena fama; cosa fácil, si todos unidos en un santo amor y respeto a la *Alma Mater* conseguís estrangular los malos instintos de los que de estudiantes no tienen más que el nombre. Si no es acicate suficiente para la generalidad la propia estimación de clase, ni los consejos de los bien intencionados, que lo sea al menos la virtud del agradecimiento, la más humana de las virtudes, que os obliga a corresponder a los desvelos de vuestros maestros y a los de los actuales gobernantes que tan intensamente se ocupan en colocar a la Universidad en el alto y destacado plano que merece. Así sea.

HE DICHO.

